

mas que ficciones y empresas fantásticas; entonces busca libros de recreo que le instruyan a la par, y acepta con placer libros de viajes en que, a vueltas de episodios é incidentes cómicos ó burlescos, aparezcan la pintura de costumbres, las reflexiones saludables, los sensatos juicios acerca de todo lo que ve y observa el viajero, y que son el verdadero alimento de la razon.

Esto hemos visto en un libro que acabamos de leer, en una relacion de viaje de Juan García, seudónimo de un autor muy apreciado del público, en una excursion *Del Manzanares al Darro*, escrita con galanura y correccion, en estilo sencillo y elevado, segun lo demanda el asunto, con natural colorido dramático: es un libro que se lee sin fatiga de la razon, sin cansancio de la mente; es un viaje de placer con un *cicerone* galante, instruido, decidido, apasionado sobre todo de las glorias de su patria, a la que rinde homenaje respetuoso. Para animar á nuestros lectores a viajar con Juan García, vamos á trazar rápidamente el itinerario de un viaje, que sin salir de casa hemos hecho con él a Andalucía.

Salimos de la estacion de Atocha en compañía de amigos en quienes no pensábamos entonces, y que bien pronto nos iban a dejar; las primeras estaciones y Ciempozuelos y Aranjuez desaparecieron rápidamente como arrebatadas por un torbellino: despues del oasis el desierto, la Mancha, «*Manxa* ó tierra seca de los árabes,» pais de don Quijote, caballero cosmopolita; al lado de aquel cerro está el Toboso, que nos recuerda a su Dulcinea; enfrente los molinos de viento. El tren paró; ya estamos en Argamasilla de Alba.

«Hace dos siglos y medio, preso en un encierro lóbrego de aquel pueblo, padeciendo cuanto padecerse puede, meditaba el hombre en cuya alma gigantesca se agitaba el espíritu de la antigua España, mientras la luz profética del genio le revelaba a los rayos de su propia gloria el espíritu de las edades nuevas.»

«La casa de Medrano, donde padeció prision Cervantes, es hoy propiedad del señor infante Don Sebastian; en ella se imprime una edicion del libro inmortal. El genio del trabajo y de la civilizacion vela en la desierta morada y anima su silencio; es como una lámpara de expiacion encendida sobre el lugar del tormento, y que arde luminosa señalándolo a la veneracion y al respeto de las edades.»

El vapor devora las distancias; salimos de Argamasilla, y ya estamos en Manzanares. Maria Francisca, la ciega improvisadora, nos saluda con una décima, y nos sirve un vaso de agua la aguadora «de ojos garzos y tristes, cabellos rubios y lacios, óvalo de cara perfecto, color apagado y marchito como el de las rosas que crecen a la sombra.»

En Santa Cruz de Mudela subimos en diligencia. «Este antiguo modo de viajar, si menos cómodo que el otro, todavía tiene su encanto y su poesia. El caracter español le ha comunicado su color vigoroso y ardiente. El mayoral, el zagal y el delantero son tipos nacionales y que apenas alcanzará la generacion sucesora nuestra.»

«Empezaba a clarear el dia. El terreno se alzaba en ondas como una mar cuajada: hacia el Oriente, detrás de esas colinas, está Montiel, teatro de la dolorosa tragedia, nombre legendario, de funesta recordacion, que envuelto en lúgubre sombra, nos ha conmovido y aterrorizado tantas veces en la niñez.»

«Mas allá de aquellas mismas alturas esta la Torre de Juan Abad, señorío de don Francisco de Quevedo.»

«Allí lloró el ilustre poeta desengaños y miserias; allí padeció persecuciones y enfermedades; allí corrieron los últimos años de su vida en la práctica de la virtud y en la contemplacion de las verdades eternas. A este mismo cielo que nos cobija alzó sus ojos ciegos de llorar; a ese cielo levantó su corazón lastimado, pero no vencido por el desengaño y la triste experiencia de los hombres. ¡Varon insigne, mal conocido y peor juzgado; nombre glorioso de las letras españolas!»

Esa cordillera humilde, monótona, por la que principiámos a trepar serpenteando por una serie de cimas bajas y desiguales, es Sierra-Morena. ¿Quereis asistir a la rota de las *Navas de Tolosa*, que tuvo efecto el 16 de julio de 1212? Seguid a Juan García; él os enseñará también la Carolina, la espléndida colonia de Carlos III. Pero continuemos nuestro viaje, que el sol llega al meridiano y se deja sentir demasiado «a pesar de la brisa que bulle en las copas de los olivos.»

Al caer del sol llegamos a Andújar, que se asemeja «a un bando de blancas palomas que seca al sol sus plumas despues de haberse bañado en el Guadalquivir.»

A media noche entramos en Córdoba; si quereis visitar la «Atenas musulmana,» como la llama nuestro *cicerone*, acompañadle, y despues de consagrar un recuerdo a Ambrosio de Morales, ayo del vencedor de Lepanto, a Lucano y a los dos Sénecas, preceptor el uno de Neron ó hijos todos de Córdoba, admirareis la famosa mezquita, la de las 1.093 columnas y 4.700 lámparas que se encendian para la *azala de alaxa* ó oracion de la noche; sabreis la historia de su fundacion por Abderhaman I y su hijo Hixem y de sus vicisitudes en la época de la reconquista; vereis el Cristo del cautivo y las demás maravillas que encierra, así como los mas notables monumentos de la ciudad...

Ya estamos en Sevilla: ¿veis por sobre las azoteas aquella torre airosa, atrevida, elegante, cuyo rosado color descueña oscuro sobre el claro azul del cielo? Es la Giralda: aquel edificio, mezquita antigua, semejante en su planta y exterior a la de Córdoba, es la catedral, y muy cerca está el alcázar.

«El alcázar y la catedral, los dos enemigos están allí fronterizos como lo estuvieron durante ocho siglos los

dos pueblos que representan: el templo ha olvidado su encono, ha depuesto las armas, mira al cielo, enarbola la cruz del perdón, y abre sus puertas al arrepentido y converso: el palacio, ceñudo, amenazador con su cinto de muros, sufre la derrota sin resignacion, por fatalismo: no acepta la gracia que le ofrecen; y envuelto en sus memorias, espera sin temor, como sin impaciencia, el día de la muerte, del descanso.»

Al salir de la puerta de Jerez entramos en una ancha alameda; a la izquierda hay jardines no terminados, y a la derecha el paseo de Cristina; por él viene aquella multitud de muchachas en grupos de tres y cuatro con vestido de percal claro y pañuelo sobre los hombros, que cogen al pasar cerca de las matas de flores, a hurtadillas de los guardas, una rosa, y se la clavan rápidamente y de un golpe seguro en el pelo, quedando allí como si entre sus matas hubiera nacido; esas muchachas son cigarreras.

«Pero ¡ah! la cigarrera, esa planta tan lozana y alegre, tan vivaz y placentera, tiene como tantas otras plantas un gusano que roe sus entrañas, que chupa su savia, se nutre de lo mejor de su vida y la devora. Ese gusano, esa carcoma, ese vampiro, se llama la *ditera*.»

«Aquella gala, aunque sencilla al parecer, agota el jornal y consume los recursos de la cigarrera; esta no trabaja para comer, menos aun para economizar; trabaja y se afana para engalanarse y estar linda; verdadera hija de la fantasia, espíritu engendrado del sol y del aire, nunca ha pensado que hay mañana, y que ese mañana puede ser un día triste de enfermedad y de mala ventura. En cuanto a alimentar su cuerpo, un pescadillo y una rosquilla de pan comprados al paso en los *freidores* de la puerta del Arenal ó de Jerez, y una naranja, son su festín y su banquete; en días de apuro la naranja sola basta; pero ¿cómo presentarse con el vestido sin aplanchar ó roto, ó con el pañuelo deslucido! ¿Cómo pasear sin un zapato primoroso y nuevo, sin zarcillos en las orejas, a riesgo de que las compañeras digan: ¡pobre Fulana! con un tono de compasion que mata mejor que un cuchillo de Albacete!»

Estamos al comienzo de nuestra jornada y tenemos que interrumpirla; entramos apenas en Sevilla y nos vemos obligados a salir, y eso que la Semana Santa nos invita a asistir a sus augustas ceremonias; la feria nos deslumbra con sus maravillas y nos atrae con sus agradados y originales tipos; Triana y San Bernardo nos abren sus puertas, y nos animan a departir amistosamente con los gitanos y toreros, sus moradores.

Pensado teníamos aceptar y seguir nuestro viaje, trazando siquiera rápidamente su itinerario; pero la falta de espacio nos detiene; cierto es que lo agotamos en las primeras jornadas; mas ¿cómo dar un paso sin rendir homenaje a los manes inmortales de Cervantes y de Quevedo, de los Sénecas y demás españoles que florecieron en pasadas épocas? ¿Cómo pasar por las Navas sin dedicar un recuerdo de admiracion a nuestras inmarcesibles glorias? ¿Cómo no bosquejar las costumbres originales, a punto de desaparecer, que nuestra patria ofrece en sus diversas secciones? ¿Cómo no hablar de esos tipos característicos que la fraternidad universal va desterrando con ayuda del vapor y de la electricidad? ¿Cómo resistir a la descripcion de los variados panoramas que la naturaleza caprichosa desarrolla a nuestra vista?

¡Imposible! No tuvimos valor para tanto; y sin embargo, triste cosa es verse ahora en la dura precision de callar cuando Sevilla y Cadiz, Málaga y Santa Fe, Granada y su Alhambra, nos aguardan para que ensalcemos sus encantos. Por fortuna nuestro *cicerone* Juan García continuó el viaje y escribió sus impresiones, y a ellas remitimos a los lectores, en la seguridad de que unirán sus votos a los nuestros para animarle a viajar siempre, mediante la promesa de que publicará libros de viaje tan preciosos como el que acabamos de analizar sucintamente.

BALTASAR PEON.

### M. Billault.

APUNTES BIOGRÁFICOS. — SUS FUNERALES.

El 13 de octubre falleció en su residencia de Gresillieres, cerca de Nantes, de un ataque de reuma al corazón, el ministro de Estado M. Billault, uno de los oradores mas eminentes de Francia. Nació en Vannes el 12 de noviembre de 1805. Estudió leyes en Rennes, y fijó su residencia en Vannes, donde adquirió presto gran fama. A los veinte y cinco años fué nombrado miembro del consejo municipal de la ciudad, luego *batonnier* de su orden, y en 1834 miembro del consejo general del departamento. El año 1837 fué elegido diputado por el distrito de Ancenis, y se empeñó en la lucha de la vida política. Cuando se formó el ministerio de M. Thiers (1º de marzo de 1840), M. Billault fué nombrado subsecretario de Estado. Este cargo fué suprimido a la caída del gabinete (29 de octubre), y entonces se hizo inscribir en el colegio de abogados de Paris. En la Cámara de diputados cada día era mayor su importancia como orador, y fué uno de los mas ardientes adversarios de M. Guizot. En las elecciones de 1846, M. Billault fué nombrado diputado por el tercer distrito de Paris, pero optó por el de Ancenis, donde habia sido reelegido. Al acercarse la revolucion de 1848, no quiso tomar parte en la organizacion de los banquetes refor-

mistas. Despues de la revolucion de 1848 vino a la Constituyente como representante del Loira Inferior, y tomando puesto en las filas del partido democrático moderado, se pronunció por el destierro de la familia de Orleans. En todas las demás cuestiones votó con la derecha. Desde el 10 de diciembre de 1848, se acercó a la izquierda, sobre todo en las cuestiones exteriores. Su actitud liberal en los últimos debates de la Constituyente impidió su reeleccion en su departamento. Como mero abogado, permaneció fiel a la causa democrática; fué el adversario de la ley de 31 de mayo de 1850, y consiguió que fuera absuelto el *Evénement*, diario que combatía enérgicamente esta ley. Diputado del Ariege despues del 2 de setiembre, fué nombrado presidente del nuevo Cuerpo legislativo, en cuyo alto puesto contribuyó al restablecimiento del imperio. El 23 de julio de 1854 sucedió a M. de Persigny, como ministro del Interior, y el 4 de diciembre del mismo año se le confirió la dignidad de senador. Salió del ministerio en 1858.

En 1860, queriendo el emperador dar a los grandes cuerpos del Estado participacion mas directa en la política general de su gobierno, creó ministros sin cartera. M. Billault fué encargado como tal de ser el intérprete del pensamiento del gobierno cerca del Senado y del Cuerpo legislativo, principalmente en las cuestiones de política exterior. Las sesiones de 1861, 1862 y 1863 señalan la fase mas brillante de su carrera. El 23 de junio último fué nombrado ministro de Estado, y en tal calidad se disponia a continuar expresando el pensamiento del gobierno imperial ante las Cámaras en la sesion que va a abrirse, cuando ha sido sorprendido por la muerte.

Los funerales de M. Billault se celebraron, a costa del Estado, el sábado 17 de octubre a las once de la mañana, en la iglesia de San German l'Auxerrois.

A las nueve y media las tropas de la guarnicion de Paris destinadas para la ceremonia, con tambores, músicas y banderas veladas de crespon, llegaban a formarse en la calle de Rivoli, enfrente del hotel del ministerio de Estado, bajo el mando superior del mariscal Magnan. Eran las once y algunos minutos cuando el cortejo se puso en marcha. A su cabeza iba el mariscal Magnan, y seguian un escuadron de dragones, un batallon de infanteria de la guardia y la division de infanteria de linea. Llevaban los cordones del carro mortuario MM. Rouher, Baroche, Rouland y el alcalde de Nantes, senador. Detrás del carro con tiro de seis caballos, se veian sobre almohadones las órdenes y las insignias del ministro difunto, y luego el coche del difunto con las ventanillas cerradas. Conducian el duelo MM. Busson y de la Noue, yernos de M. Billault.

El emperador estaba representado en el servicio por el general Fleury y un chambelan. Despues marchaban:

Los edecanes del principe Napoleon; los ministros, los mariscales, cardenales, almirantes y el gran canciller de la Legion de Honor; el Senado y el Cuerpo legislativo; el Consejo de Estado, el tribunal de Cuentas, el tribunal imperial de Paris, los tribunales de primera instancia y de comercio, los jueces de paz, los consejos de la orden de abogados, las camaras de notarios y de abogados, el consejo imperial de instruccion pública, los inspectores generales, el Instituto, la administracion de bellas artes, los miembros del culto católico, los cultos no católicos, los prefectos del Sena y de policia, la comision municipal, el rector, el cuerpo académico, las facultades, y en fin, funcionarios de las administraciones centrales, oficiales de la guardia nacional, de la guardia imperial y del ejército.

La iglesia de San German l'Auxerrois estaba toda colgada de negro, y delante del altar mayor habia un catafalco monumental con profusion de luces. Delante del catafalco se colocaron la familia, los convidados íntimos y la diputacion del Senado, de la que era miembro el difunto.

En el cementerio pronunciaron discursos MM. Baroche, Rouland y A. Leroux, en nombre del duque de Morny, presidente del Cuerpo legislativo, y despues de estos discursos el destacamento de guardias de Paris, que penetró en el cementerio, hizo una salva de fusileria.

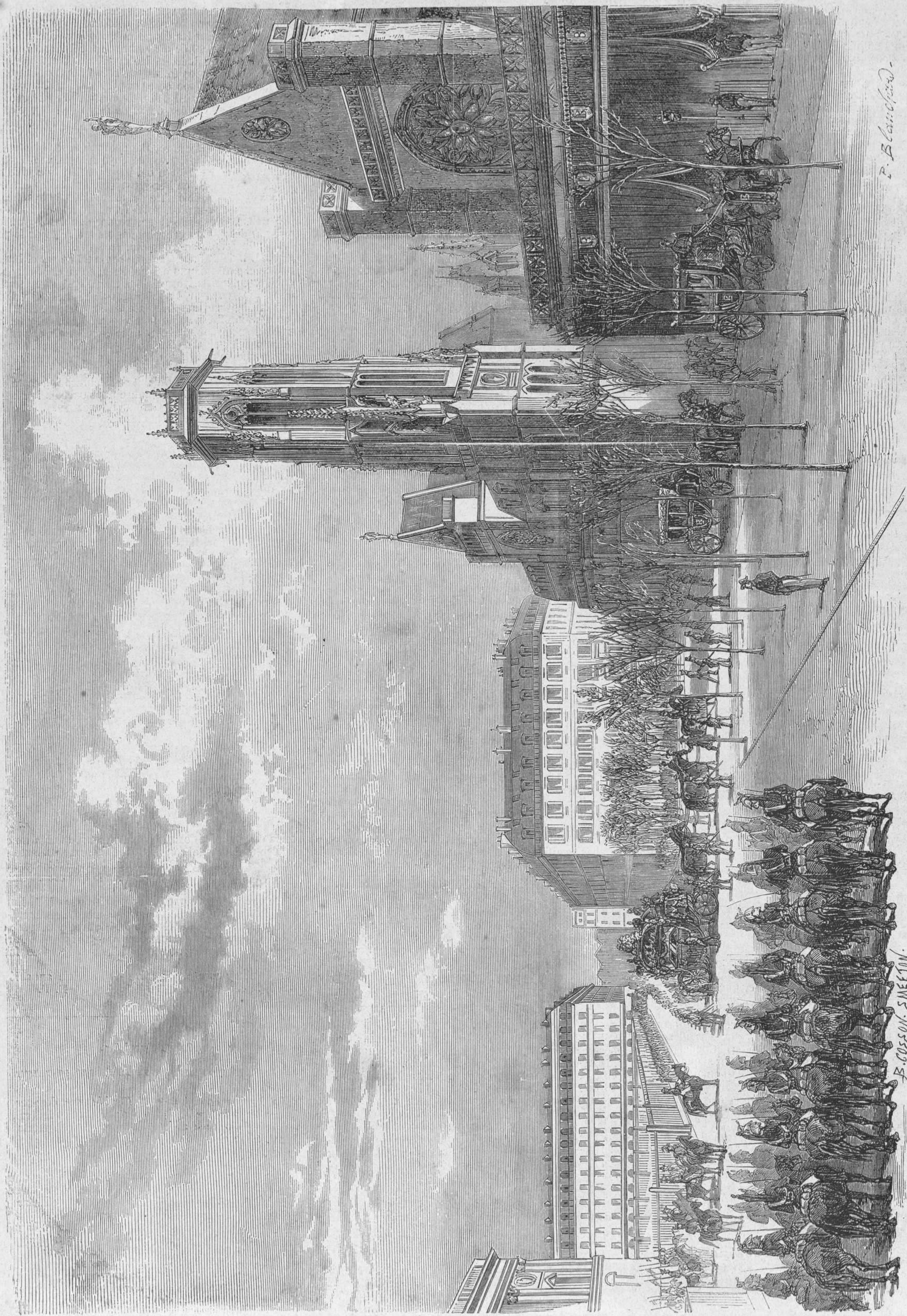
A la una y cuarto una salva de artilleria anunció el fin de la ceremonia. E. P.

### La Florida,

FRAGATA CONFEDERADA EN EL PUERTO DE BREST.

La fragata confederada la *Florida*, que despues de haber causado grandes pérdidas al comercio federal, se ha refugiado hace algunas semanas en el puerto de Brest, tiene el largo de una fragata francesa de primer orden. A proa lleva dos piezas enormes (calibre 100) y en todo está armada con ocho piezas rayadas. Su arboladura está muy inclinada; esta disposicion contribuye a la rapidez extraordinaria de su marcha (15 a 16 nudos por hora), y le da además un aspecto particular de osadia.

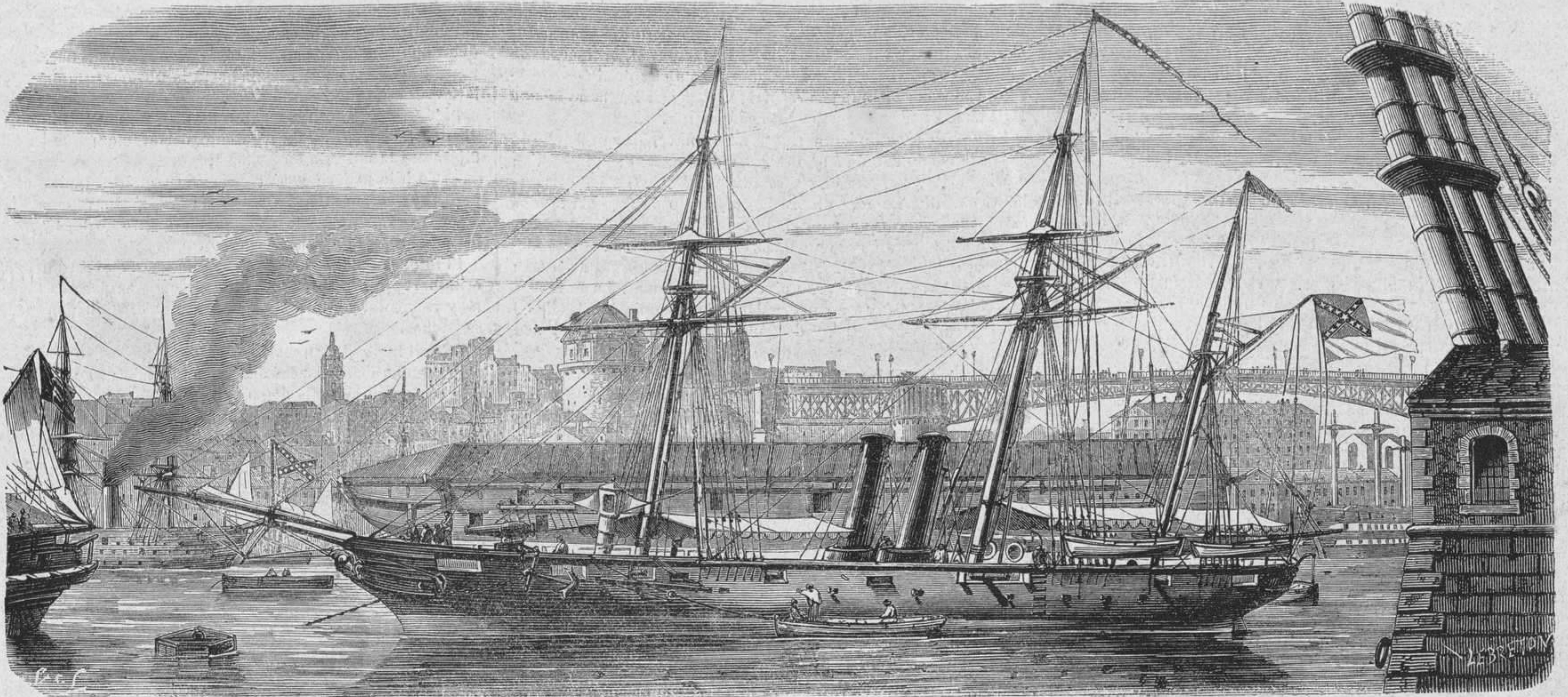
Al mismo tiempo que la *Florida*, se halla en la misma rada otra fragata perteneciente a los federales, el *Kearsarge*, apostada en vigilancia. Es de igual fuerza que la *Florida*. Los dos capitanes, dos antiguos compañeros de escuela, y sus estados mayores, se encuentran todas las noches en el café de la Marina, y viven en el mas perfecto acuerdo. Únicamente las tripulaciones se han declarado la guerra. L. B.



*P. Blanchard.*

Funerales de S. E. M. Billault, ministro de Estado : llegada del cortejo á la plaza de San German l'Auxerrois.

*B. COSSON. SNEYTON.*



La fragata confederada la Florida en el puerto de Brest.

**Fiesta de los cadetes en Zurich,**

LOS DIAS 29 Y 30 DE SETIEMBRE.

Despues de las maniobras del ejército federal, hé aqui las maniobras de los cadetes. El martes 29 de setiembre por la mañana, la ciudad de Zurich estaba invadida por un ejército procedente de todas las partes del canton que llegaban por entrambas márgenes del lago á bordo de los vapores, desde las bonitas aldeas que se llaman Thalweil, Horgen, Richterschwyl, Meilen, Staefa, y por los ferro-carriles, desde Winterthom, Wald, Uster y Pfaeffikon.

Una inmensa muchedumbre esperaba á estos guerreros imberbes, rubios y rosados; al verles los semblantes se iluminan; por todas partes les sonríen y les tienden la mano; las mujeres les dan un beso cordial, los padres y los tíos los levantan en sus brazos con armas y bagajes. La primera fila de espectadores los oculta á la segunda. Pero se oye el tambor que anuncia la marcha; las músicas entonan tocatas patrióticas, y la columna emprende el paso con las banderas desplegadas, cerrando la marcha la artillería. En este instante todas las manos les saludan, desde las ventanas hasta los balcones, y por do quiera se agitan los pañuelos; mas la dignidad militar no permite corresponder á la expansion de esta muchedumbre, y los jóvenes soldados

que respetan ya su uniforme, no saludan sino con los ojos. Se creería que ha resonado el grito formidable de: *La patria está en peligro*, y que en realidad corren al combate.

Los cadetes son los alumnos de los colegios donde es obligatorio un cierto número de horas de ejercicios militares. Todas las ciudades de la Suiza, con cortas excepciones, tienen sus colegios de cadetes. Su uniforme, que varia de canton á canton por el corte y el color, se compone generalmente de levita y gorra con visera; el armamento de un fusil con bayoneta, cartuchera y porta-bayoneta, con sable corto para los sargentos de infantería y los artilleros, y sable ordinario para los oficiales. Las señales distintivas de los oficiales son estre-



Fiesta de los cadetes del canton de Zurich : la inspeccion.

llas en el cuello, una faja, ó simplemente el sable. El grado de capitán es el más elevado en la jerarquía de los cuerpos de cadetes. En las grandes reuniones de fuerzas, las compañías forman batallones y brigadas, cuyo mando no desdaban tomar á veces los oficiales superiores del ejército federal.

Llegados fuera de la ciudad y después de la inspección pasada por el coronel federal Liegler, principiaron las maniobras de brigada que fueron ejecutadas con una precisión notabilísima. Cuando en algunas horas hubieron repasado todos los ejercicios, desde la carga hasta el servicio de seguridad en campaña; cuando quedó patentizado que la tropa estaba bien preparada para el simulacro del día siguiente, se volvió á la población, donde tomó sus cuarteles. Por la noche los cadetes asistieron á una representación del *Guillermo Tell*, de Schiller, dispuesta en su honor.

En la mañana siguiente el ejército separado en dos cuerpos ocupaba el uno, bajo el mando del coronel Ott, la posición que tenía el 25 de setiembre de 1799 el ejército de Massena cerca de Dietikon; y el otro en la orilla derecha del Limmat, bajo el mando del coronel Stadler, guardaba las posiciones de Korsakoff. Los cadetes en número de 900, formaron sus columnas de ataque del centro con tiradores sobre sus flancos, sostenidos por la artillería, y ejecutaron todas las fases de la batalla de Zurich. El ejército de Massena hizo prodigios de valor; fuegos no interrumpidos ametrallaban á los rusos que batían en retirada. Oficiales de quince años mandaban compañías que representaban los cuerpos de Mortier, de Foy, de Oudinot, y el ejército de Korsakoff acorralado en los arrabales de la ciudad, no se rindió sino al caer la tarde, extenuado y después de haber gastado su último cartucho. El coronel Liegler, comandante superior, había dirigido las operaciones de este simulacro.

No faltaron en esta fiesta las alocuciones militares, que fueron escuchadas con atención por los jóvenes soldados; y en la noche cada cual volvía á tomar el camino del colegio. En estos ejercicios y estas fiestas se forma el corazón y el espíritu de la juventud suiza; así aprende á amar su suelo bendecido; en esos ejercicios el niño aprende á manejar un arma, que cuando haya crecido trocará por la que la patria debe confiarle, en virtud de este principio, base de su fuerza: *Todo ciudadano es soldado.*

A. B.

### Revista de Paris.

Se espera la llegada de S. M. la emperatriz Eugenia para la traslación de la corte á Compiègne, donde tendrán lugar las grandes cacerías con que se cierra la temporada de las fiestas de otoño. Dícese que el emperador, deseoso de corresponder á la espléndida recepción que se ha hecho en Madrid á la emperatriz, ha invitado á la reina de España para que venga á Paris en la próxima primavera, y aunque todavía estamos lejos de esa estación, se habla ya de las grandes fiestas que se darán en Paris y en Fontainebleau, si la reina tiene á bien emprender esta excursión fuera de sus Estados, con la oportuna anuencia de las Cortes, como previene la Constitución de la monarquía española. De todos modos, la época está bastante lejana para que podamos esperar, antes de insistir en estos preparativos, á que se confirme la noticia.

Los héroes del momento son los viajeros del *Gigante*, que tan mal parados dejamos en la revista de la semana precedente. Sin embargo, en el día ha cesado toda inquietud, y de los nueve excursionistas aéreos cuatro se hallan de vuelta en Paris, en tanto que los restantes se hallan en Hanover recibiendo los auxilios de la ciencia, y en buena vía de curación. Nada más trágico que el relato de sus aventuras. M. Godard ha sido en efecto su salvador, como anunciaba el capitán del *Gigante*. Señalaremos las principales peripecias de la caída con arreglo á la relación de M. Godard, que es la que ha parecido menos propensa á exagerar sucesos, que aun desnudos de todo esfuerzo de imaginación, excitan ya un terror indescriptible.

El viaje no ofreció nada de particular hasta que el globo se dirigió sobre la Bélgica, donde una corriente directa procedente de la Mancha le llevó hácia los pantanos de la Holanda. Allí M. L. Godard propuso la bajada para esperar el día, á fin de tener tiempo para reconocer la situación; pero desgraciadamente, este consejo fundado en la larga experiencia del aeronauta no fué escuchado, y en su consecuencia continuó el viaje.

Aquí dejamos la palabra á M. L. Godard:

«El globo costó el Zuyderzée y entró en el reino de Hanover; el sol que comenzaba á salir, secó la red y el tafetan, húmedo por su paso al través de las nubes, y produjo una dilatación que elevó á los viajeros á 4,500 metros.

A las ocho de la mañana el viento cambió al Oeste, y dirigió el globo en línea recta hácia el mar del Norte. A toda costa era preciso bajar, obra peligrosa, pues la ventolera era muy fuerte.

Los hermanos Godard, secundados por M. Gabriel Yon, abrieron la válvula y arrojaron las anclas; mas por desgracia, la marcha horizontal del globo aumentaba de segundo en segundo. El primer obstáculo que hallaron las anclas fué un árbol que quedó arrancado de raíz instantáneamente y fué arrastrado hasta el segundo obstáculo, una casa cuya techumbre se levantó también. En aquel instante se rompieron los dos cables de las anclas sin que lo notasen los viajeros, tan prodigiosa era la velocidad que llevaba el globo (60 leguas por hora). Estas cuerdas tenían 25 milímetros de diámetro, y podían soportar una resistencia de 5,000 kilós.

Previendo los choques sucesivos que iban á tener lugar, en aquellos críticos instantes en que el menor olvido podía causar la muerte, M. L. Godard no cesaba de alentar á todo el mundo; el globo marchaba siempre con la misma velocidad, y habiendo

perdido cierta cantidad de gas ya no podía subir. Para colmo de dificultades, su posición inclinada no permitía maniobrar sino sobre el círculo de la cuerda de la válvula. M. J. Godard emprendió la difícil tarea de agarrarse á este círculo, lo que consiguió al cabo de muchos esfuerzos, y gracias á la ayuda de M. Yon; entonces se pudo sujetar la cuerda.

Un fuerte sacudimiento trastornó la navecilla que barria la tierra llevando debajo á uno de los viajeros, M. de Saint-Félix; era imposible socorrerle, y sin embargo, M. J. Godard estimulado por su hermano, se lanzó fuera y trató de amarrar á unos árboles los pedazos de cuerdas que quedaban. M. Montgolfier, cogido del mismo modo, pudo ser salvado por M. L. Godard.

En aquel instante M. Thirion y M. d'Arnoult saltaron á su vez, y en la caída recibieron algunas contusiones. La navecilla arrastrada en la furiosa carrera del globo, rompía árboles de 50 centímetros de diámetro, y destruía cuanto se atravesaba en su marcha.

M. L. Godard hizo saltar á M. Yon fuera de la navecilla para prestar socorro á la señora de Nadar; pero un sacudimiento terrible arrojó á MM. Nadar, L. Godard y Montgolfier, á los dos primeros sobre la tierra, y al tercero al agua. La señora de Nadar, á pesar de los esfuerzos de los viajeros se quedó la última, encontrándose comprimida entre la navecilla que estaba sobre ella, y la tierra. Mas de veinte minutos trascurrieron antes de que fuese posible sacarla; era en el momento en que el globo se desgarraba y rompía como un monstruo furioso cuanto hallaba á su alcance. Formando palancas con las ramas partidas y cortando á hachazos las veinte cuerdas que unían la navecilla con el círculo, pudieron libertarla de tan crítica posición. Fácilmente se comprenderán los esfuerzos que hubo que hacer, cuando se sepa que la navecilla pesaba 4,100 kilós.

Después se acudió en socorro de M. de Saint-Félix, que había quedado atrás, y cuyo rostro era una llaga cubierta de sangre y de lodo; tenía un brazo roto, y el pecho muy lastimado.

Hasta aquí la relación de L. Godard, de la que hemos descartado algunos párrafos menos interesantes.

Ahora bien, en vista de tan horrorosos incidentes, se creería que el *Gigante* ha terminado la serie de sus peligrosas excursiones; pero nada de eso, su intrépido capitán, clavado todavía en el lecho de dolor, escribe á los periódicos diciendo que las continuará lo más pronto posible, y hasta que haya recogido los fondos necesarios para la construcción de su hélice. Solo falta que la autoridad consienta la continuación de este juego en que se exponen tantas vidas.

Por su parte, M. Godard anuncia que va á construir otro globo dos veces mayor que el *Gigante*; 14,000 metros cúbicos de gas en lugar de los 6,000 que este contiene, y piensa que podrá hacer su primera ascensión antes del mes de diciembre. Vemos pues, que no estamos al fin de las crónicas aerostáticas, como habíamos creído.

*Figaro* ha tenido una ocurrencia muy singular, ó por mejor decir, única en su género: ha reemplazado el texto de su último número por una colección de autógrafos firmados por Guizot, Rossini, Thalberg, Berryer, Gavarni, Mirés, Michelet, Alfredo de Vigny, Verdi, Rosina Stolz, etc., etc. Nada más curioso ni más ilegible que estas páginas de garabatos de hombres célebres. Vamos á ver si podemos descifrar algunos de estos signos cabalísticos.

«Toda verdad viene de arriba.» — Berryer.

«Un candidato á la Academia es un animal triste.» — Octavio Feuillet.

«Política. — Cuanto mas esto cambia, mas viene á ser lo mismo. — Moral. — El amor nace de nada y muere de todo.» — A. Karr.

«Conozco un arma mas terrible y asesina que la calumnia, y es la verdad.» — J. C. Joly.

«La música es el mas desagradable y el mas caro de todos los ruidos.» — T. Gauthier.

Nos es imposible seguir leyendo; si el *Figaro* trae esta vez poco texto, en cambio podemos asegurar que es tan precioso como entretenido para los aficionados á los enigmas.

Los periódicos de la semana hablan de un lance bastante original, sobre todo en Paris, donde hay tantos peritos en pintura, que acaba de ocurrir con dos lienzos de nuestro célebre Murillo.

Hacia tiempo se anunciaba en el hotel Drouot la venta de dos cuadros del citado maestro, y por fin llega la hora de la subasta; pero con asombro general, no se presentan licitadores y los dos pinturas se retiran de la almoneda.

Al otro día un aficionado se llega al domicilio de la persona encargada de venderlos.

— Vengo á ofrecer á Vd. ocho mil francos por los cuadros, le dice.

— ¡Ocho mil francos! exclama con asombro el depositario, que no había creído poder deshacerse de los dos lienzos que el había confiado un amigo, no obstante haberles aplicado el nombre del famoso maestro.

Nuestro hombre reflexiona y no admite la oferta.

Pocos días después otra visita.

— ¿Quiere Vd. doce mil francos?

— No, señor.

— ¿Quiere Vd. veinte mil?

Nueva negativa. Nuestro hombre comienza á sospechar que sus cuadros apócrifos son verdaderamente de Murillo; y para cerciorarse de ello los envía al restaurador del Louvre, quien descubre en efecto la preciosa firma.

Estos dos cuadros se hallan tasados hoy en 200,000 francos, y su dueño, que habita en Madrid, no había pensado sacar por ellos en Paris mas de 800 francos.

Si el día de la subasta hubiese habido un hombre inteligente en el hotel Drouot, habría podido hacer una bonita fortuna á poca costa.

Los teatros de Paris han comenzado la temporada con obras muy notables, y entre ellas llaman particularmente la atención, un drama representado en el Ambigu y una comedia en el Teatro Francés, producciones de que vamos á hacernos cargo.

El drama se titula *la Abuela*, y es original de M. Dennery,

uno de los autores mas populares en este género. El triunfo ha sido de los mas completos que se han visto hasta hoy, y no hay duda que este drama cuyo interés se sostiene sin decaer un instante desde la primera escena hasta la última, suministrará una larga serie de representaciones.

Figúrese el lector un hombre á quien un amigo íntimo y médico de la casa, hace la siguiente declaración, que es como si dijéramos la entrada en materia.

— Tu hija padece y tú crees que su enfermedad es natural; pero ¡ay! amigo mío, nada de eso; la están envenenando poco á poco; te imaginas celebrar su boda dentro de mes y medio, y lo que harás es llevarla al campo santo.

El infeliz escucha con asombro y horror: ¿quién puede ser el criminal? No hay duda que está en la casa; pero la familia es muy reducida, y en ninguno de sus miembros pueden recaer las sospechas.

¿Cómo ha de ser su madre?

¿Cómo ha de ser su hermana que la adora, aunque es hija del primer matrimonio de su padre?

¿Cómo ha de ser su prometido esposo que la ama con delirio?

Queda la abuela; y aquí es preciso decir que esta abuela lo es de la hija mayor, y que odia á la segunda, porque debe llevarse una buena parte de la herencia.

Pero esta anciana se halla paralítica, no puede mover piernas ni brazos, y vive clavada en un sillón que no deja un instante. Por lo tanto, aunque esa monstruosidad hubiese cruzado por su mente, no habría podido ponerla en ejecución.

Por último, hay tambien en la casa un criado supersticioso, adicto en cuerpo y alma á la abuela, y que odia tambien á la jóven: no puede ser otro el autor del crimen.

En efecto, el público lo cree así, y el autor sabe encaminar hácia este personaje las sospechas; pero al mismo tiempo ofrece otra presa al padre de la víctima.

Su señora había caído hacia algunos años en un fatal error. Persuadida de que un jóven que frecuentaba su casa por su hija la amaba á ella, había consignado las impresiones de esta pasión correspondida en unos apuntes que se olvidó de arrojar á la chimenea el día que descubrió la verdad, y que sacrificó sus sentimientos á la felicidad de su hija.

Ahora bien, el libro de memorias cae en manos del marido, quien supone al punto que es la madre quien envenena por celos á la jóven.

Esta suposición da lugar á una escena patética cual ninguna; mas al fin el esposo, vencido por las lágrimas y el dolor de la acusada, conviene en que se ha engañado.

¿Quién es pues el culpable?

En esto sorprenden al criado con un manojo de yerbas en la mano: hé aquí el criminal, no cabe duda.

Otra ilusión: el criado se defiende con tanta sinceridad, con tanta energía, que los mas obstinados en creerle delincuente suspenden su juicio.

Es imposible enredar una intriga dramática con mas talento. El público se encuentra dominado por una curiosidad que no cede un instante. Por fin llega la escena que resume el interés capital de la obra.

Estamos en el cuarto de la enferma que se había dormido, teniendo de vigilante á su hermana escondida. Una puertecilla secreta practicada en la pared se abre sin ruido y aparece la abuela, la abuela paralítica, que echa el veneno en la taza y se retira lentamente...

Todo está descubierto, el público respira al cabo de cinco horas mortales de dudas, incertidumbres y angustias.

¡Cuántos dramas no se han zurcido ya sobre esta base de un envenenamiento! Muchos han sido en verdad, y el público, familiarizado con tales expedientes, asiste muy á menudo impassible y sereno á las conocidas peripecias que de ellos dimanar; pero aquí, lo repetimos, sea cual fuere la inverosimilitud de este monstruoso argumento, M. Dennery ha sabido excitar con él la curiosidad y el terror de un modo nunca visto. Antes de llegar al espectador al conocimiento de la verdad, ¡qué de situaciones patéticas, de lances inesperados vienen á neutralizar sus recelos abriéndoles nuevos caminos! El teatro del Ambigu está en posesión de una obra que seguramente no necesitará reemplazar en todo este invierno.

La comedia estrenada en el Teatro Francés se titula *Juan Baudry*, y es original de M. Vacquerie, uno de los pocos románticos intransigentes que aun quedan en el día. El argumento es muy sencillo, y tiene sus puntas de socialista como si hubiese sido inspirado por los *Miserables* de Víctor Hugo.

Un buen hombre llamado Juan Baudry sorprende un día á un ladronzuelo, y en vez de entregarle á la justicia, le adopta y le instruye.

Olivier (que así se llama el ratero) se horroriza de su pasado y se corrige.

Baudry, después de haber consagrado su vida á su hijo adoptivo, siente la necesidad de amar, y se enamora de Andrea Bruel, hija de un armador del Havre; pero jamás se habría atrevido á declarar su oculta pasión, si no hubiese sobrevenido la quiebra de M. Bruel, quiebra que va á dispersar los restos de su fortuna y de su honra.

Con tan imperioso motivo, Baudry, generoso y desinteresado, acude en socorro de su amigo, y le ofrece cuanto posee; pero el armador rehusa, y entonces Baudry se propone por esposo de su hija.

Andrea, en presencia de la desesperación de su padre y ante el sacrificio absoluto de Baudry, sofoca en su corazón el amor que tenía á Olivier, y concede su mano al salvador de su familia.

Olivier, colocado entre el amor y la gratitud, lucha heroicamente. Juan Baudry aconseja á su hijo adoptivo la sumisión, y una vez que este se resigna, entonces, coronando su obra de abnegación, enlaza á los dos jóvenes.

La lección moral de esta comedia salta á la vista: la instrucción suprime el vicio. Educad al pueblo, dice Víctor Hugo, y llegareis á extirpar el crimen. La comedia, dejando aparte esta base fundamental, es una obra de mérito; pero justo es decir,

mal que le pese á M. Vacquerie, que en su desarrollo ha prescindido de aquellas exageraciones románticas que tanto se aplaudieron en otras épocas: en suma, nadie ha reconocido en Juan Baudry al autor de *Tragaldabas*. No hay para qué decir que la ejecución fué perfecta. En el Teatro Francés todos los actores son maestros.

MARIANO URRABIETA.

### Poesías (1).

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA DOÑA A. DE F.

Cuando esté ausente, y en peligro acaso  
De no volver jamás á verte aquí,  
Mira estas líneas que escribí de paso,  
¡Y manda al cielo una oracion por mí!

Presto voy á partir: no sé qué suerte  
Me persiga ó proteja, — no lo sé.  
¡Ay! ofrécame al menos que en la muerte  
Ante Dios con tu auxilio contaré.

¡Adios! quizá jamás sobre la tierra  
Tendré por qué escribirte otro renglon;  
¡Ruega, ruega por mí! tal vez se encierra  
Mi porvenir eterno en tu oracion.

Dios acoge la súplica inocente  
Con que el bueno defiende al pecador,  
Y si ruegas por mí cuando esté ausente,  
Me mirará con lástima el Señor.

JULIO ARBOLEDA.

Saint-Germain, setiembre de 1859.

### El entierro de sir John Moore.

¡Llevamos el cadáver del héroe á la trinchera,  
Sin que un tambor sonara ni una fúnebre voz!  
¡Su sepultura abrimos sin que un soldado hiciera  
En solemne descarga sonar su último adios!

Era profunda noche: los céspedes cada una  
De nuestras bayonetas heria sin cesar,  
A la luz vaporosa de medio oculta luna,  
Y de opaca linterna al trémulo brillar.

No en paño mortuorio velamos su semblante,  
Ni su pecho estrechamos en supérfluo ataúd;  
Mas en su manto envuelto yacia semejante  
A un guerrero en momentos de plácida quietud.

Pocas y breves preces fueron al cielo alzadas,  
Ni una sola palabra dijimos de dolor;  
Mas en la faz dormida clavando hondas miradas,  
En el futuro dia pensamos con pavor.

Pensamos, cuando hubimos la cabecera fria  
Mullido, donde el héroe la frente iba á posar,  
¡Que encima el enemigo su huella estamparía  
Cuando fuéramos lejos nosotros en el mar!

Y de aquella alma noble se burlaría ufano,  
A su memoria haciendo tal vez insulto vil;  
Mas él, mientras que yacía do le enterró un britano,  
Yacerá imperturbable mil siglos y otros mil.

Cumplido en parte estaba nuestro deber sagrado  
Cuando el reló la hora de retirada dió,  
Y el enemigo al lejos, acaso despechado,  
Al viento sus cañones de pronto descargó.

Lentos y pensativos el cuerpo sepultamos,  
Aun tibio y con la sangre que le bañó en la lid;  
Ni una piedra pusimos, ni una línea trazamos,  
Mas por todo dejamos su gloria al adalid.

Traducción de MIGUEL ANTONIO CARO y TOBAR.

1862.

### A una rosa.

¡Hermosa flor de nacaradas hojas,  
Tersas como las perlas del Oriente!  
El puro aroma que al nacer arrojas  
Envuelve entre sus pliegues el ambiente.

Eres la gala del pensil florido,  
La reina de las flores, ¡blanca rosa!  
No hay veneno en tu néctar escondido,  
Eres tan inocente como hermosa.

(1) Llamamos la atención de nuestros lectores hácia las dos siguientes poesías: la una del malogrado *Arboleda*, última nota de su lira de oro, que revela bien los sentimientos del bardo; la otra del hijo mayor del eminente *E. Caro*, que ha heredado el nimen del padre, y que como él ha obtenido un lugar importante en su país, como literato y filósofo.

Tu vida se desliza dulcemente  
Feliz gozando tu tranquila infancia;  
En tu tallo te meces muellemente  
Virginal exhalando tu fragancia.

Tú recibes del aura cariñosa  
Los castos besos que su amor te envía,  
Y tu corola ostentas orgullosa  
Sin marchitar tu fresca lozanía.

En tí se posa mariposa leve,  
Y agitando sus alas de colores,  
La miel que guardas en tu seno bebe  
Despreciando por tí las otras flores.

El sol esparce sus dorados rayos  
Sobre tus blancas hojas, una á una,  
Y allá á la noche en lánguido desmayo  
¡Tierna las besa la argentada luna!

Dime tú, ¡linda flor! ¿esa hermosura  
Y el blanco mate de tus tersas hojas,  
Conservan siempre toda su frescura?  
¿No te marchitas tú? ¿No te deshojas?

Acaso, bella flor, el ser hermosa,  
¿Es escudo quizá bastante fuerte  
En esta vida triste y azarosa  
A contener el brazo de la muerte?

¡Ay, no! Que de la vida se despoja  
Cuanto cobija con su manto el cielo;  
¡Por eso miro ya tus blancas hojas  
Esparcidas rodando por el suelo!

Esa misma beldad, esa pureza  
La causa fueron de tu mal ¡oh rosa!  
Admiraron tu cándida belleza  
¡Y no te respetaron por hermosa!

Por mano aleve con codicia impía,  
De tu tallo feliz fuiste tronchada,  
Cuando perdiste, oh flor, tu lozanía,  
¡Marchita te dejaron y olvidada!

Y al contemplar tu desdichada suerte,  
Henchido el corazón de sentimiento,  
El descanso buscaste en la muerte  
Arrojando tus pétalos al viento.

¿Qué fué de tus perfumes, flor querida?  
¿Qué fué de tu belleza, blanca rosa?  
¡Eres emblema fiel de nuestra vida!  
¡Mas desgraciada cuanto mas hermosa!

JOSEFA SEVILLANO DE ROBY.

### Vamos á cuentas.

Eres hermosa y te quiero  
Como un loco, como un niño:  
Me sobra fuego y cariño,  
Pero me falta dinero.

Permiteme, Ines, que obre  
Con calma; que piense en ello:  
El ser hermosa es muy bello,  
¡Pero es tan feo el ser pobre!...

No es el caso tan sencillo  
Para una resolución:  
Es grande mi corazón,  
Pero corto mi bolsillo.

Mi negra duda mantengo  
Sin deberla mantener...  
Yo, sí, quisiera tener,  
Pero en resumen... no tengo.

Tú vales... las mas apuestas  
No aspiran á serte iguales:  
Pero, Ines, lo que tú vales  
Se saca por lo que cuestas.

No hay quien tu encanto resista,  
Cierto: pero, Ines, repara  
Que es muchísimo mas cara  
Que tu cara, tu modista.

Tus ojos son dos luceros,  
Tu tez blanca, tu faz pura;  
Es perfecta tu hermosura,  
Pero tiene muchos peros.

Dices que debo querer,  
Que prometí... Bien está.  
Aun no es mi mujer y ya  
Quiere que empiece á deber.

Que eres hermosa estoy harto  
De saberlo: yo no ignoro  
Que eres, Ines, un tesoro  
Que me deja sin un cuarto.

Un libro de caja breve  
Nuestra estrecha union va á ser:  
Será tu hermosura: HABER.  
Será mi bolsillo: DEBE.

Pongámonos pues de acuerdo  
Para cortar por lo sano:  
Si yo te pierdo, me gano,  
Si yo te gano, me pierdo.

Ciento en capital presenta  
Tu belleza en sus contornos:  
Gastas mil en tus adornos,  
Ya ves que no tiene cuenta.

Es mal negocio y me salgo  
Del lance en que me metí.  
Ines, me quedo sin tí,  
Y así me quedo con algo.

JOSE SELGAS.

### La fiesta de santa Teresa en Avila.

Hermana, porque veleis,  
Os han dado hoy este velo,  
Y no os va menos que el cielo:  
Por eso no os descuideis.

(SANTA TERESA. — 1571.)

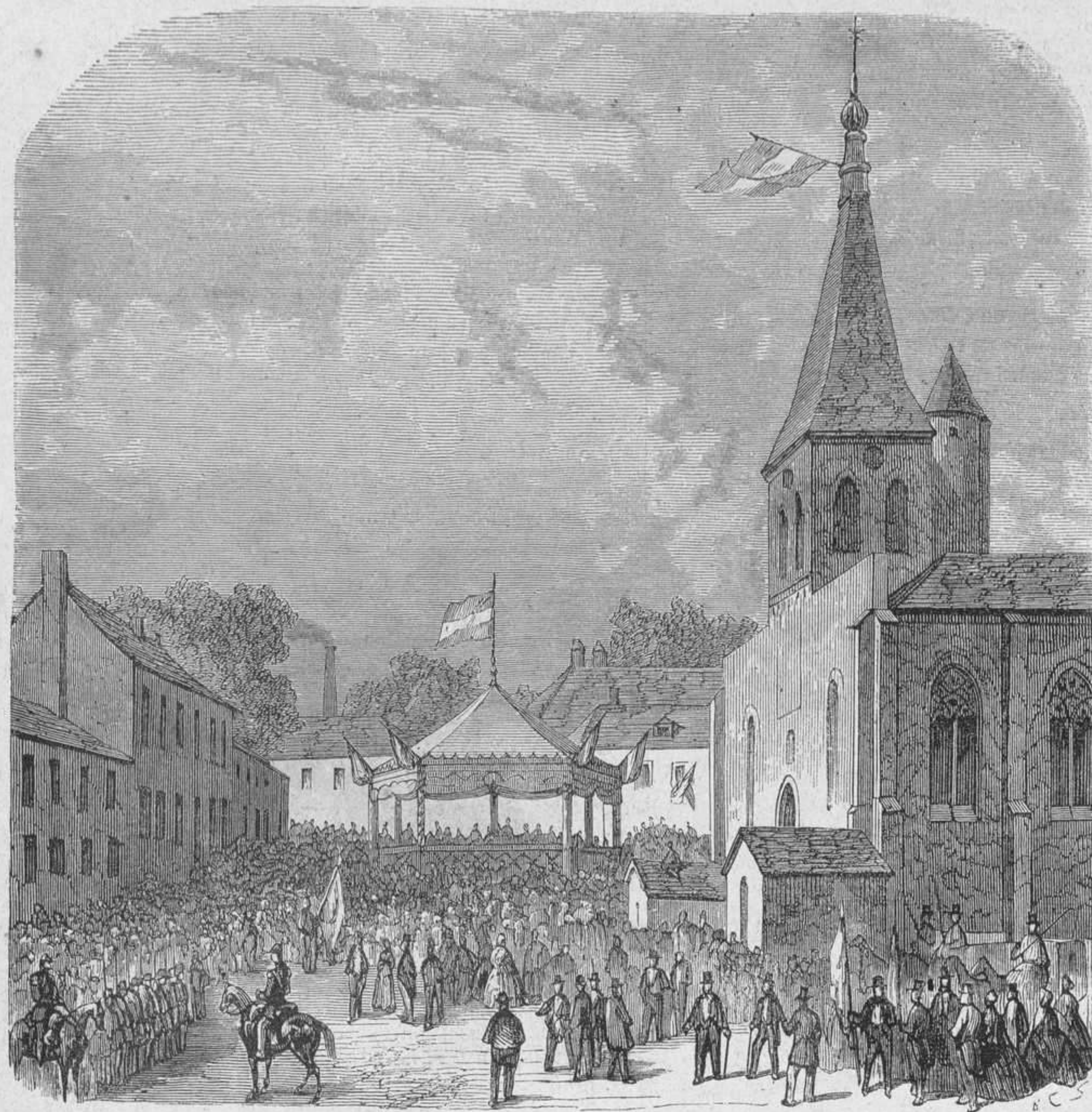
Santa Teresa nació en Avila en 28 de marzo de 1515, se bautizó en la parroquia de San Juan en 4 de abril siguiente, dia en que se dijo la primera misa en el convento de la Encarnacion, donde mas tarde habia de profesar, y murió en Alba de Tormes en 4 de octubre de 1582. Esto todo el mundo lo sabe; pero lo que algunos ignoran es el porqué se celebra su festividad en 15 de octubre, y la razon es bien sencilla. En 1582 tuvo precisamente lugar en España la correccion Gregoriana en el calendario, correccion por la cual se añadieron diez dias al año: así fué que desde 1583 el dia del Tránsito de santa Teresa se fijó en 15 y no en 4 de octubre.

Recuerda Avila, además de santa Teresa, á dos valientes mujeres que tienen con ella cierta afinidad, la una por ser su paisana y la otra su tocaya, y las dos juntas por el feliz resultado de sus atrevidas empresas en Avila. Doña Jimena Blazquez, reemplazando, con ventaja tal vez, á los intrépidos capitanes de Avila ausentes á la sazón, rechazó á los moros que inútilmente habian sitiado la ciudad, y obtuvo por este hecho la singular preeminencia de que todas sus descendientes pudiesen votar en concejo. La otra mujer á que nos referimos es la condesa de Portugal, Doña Teresa, que peleando en 1121 contra su hermana Doña Urraca, le arrancó Avila con otras varias poblaciones. Poco lugar da un artículo de periódico para recordar las glorias ni describir las bellezas de Avila, que sabemos con gusto son los objetos de una obra que está escribiendo con celo una persona muy distinguida de la misma ciudad. En otro artículo, y aunque ligeramente, citaremos lo que vimos en Avila en el poco tiempo que teníamos libre, y aquí nos ceñiremos á describir sencilla y cronológicamente la fiesta de *Laurencia*, como en algunas de sus cartas se llama á si misma santa Teresa; pero permitasenos antes una pequeña digresion.

Aneja á la catedral y de fabrica posterior y no mala, se halla la capilla de Velada, propia de los condes de Altamira, y en ella se alberga, con anuencia del propietario, una preciosa imagen de Nuestra Señora de la Caridad, que antes se hallaba en la ermita de su nombre, y es algo menor del tamaño natural. A esta Virgen tuvo gran devocion santa Teresa, y dícese que apenas murió su madre, fué á postrarse á los piés de la imagen y le preguntó si quería llenar el vacío que en su ardiente corazón dejaba una pérdida tan dolorosa. Bajó la Virgen la cabeza en señal de asentimiento, y desde aquel momento fué la madre ó *maestra* (que es como la llaman) de santa Teresa. Ante ella oró tambien varias veces Isabel la Católica.

Trasladada pues Nuestra Señora de la Caridad á la derecha del altar mayor de la catedral, el dia 14 por la tarde esperó á su esclarecida discipula, que vino como todos los años á pasar con ella la noche, acompañándola la congregacion, sus reliquias, el ayuntamiento, etc., etc., y recibéndola el cabildo de la catedral que inmediatamente entonó solemnes visperas. Terminadas estas, y colocada santa Teresa á la izquierda del altar mayor, volvió la procesion con las reliquias á la iglesia que lleva el nombre de la Santa, edificada en el mismo sitio en que nació, y celebróse allí el primer dia de la novena. Iluminaronse todas las casas de la ciudad, y nada mas hubo este año hasta el dia siguiente por la mañana.

Desde muy temprano, y á imitacion de lo que aconteció en el Pilar de Zaragoza, empezaron y se sucedieron sin intervalo las misas en los dos altares de la Maestra y de la Santa, y á las diez vino el ayuntamiento precedido de la música, de sus maceros y tradicional trompetero y seguido de sus alguaciles de gola y vara, y rodeados de una gran multitud se llevaron á santa Teresa

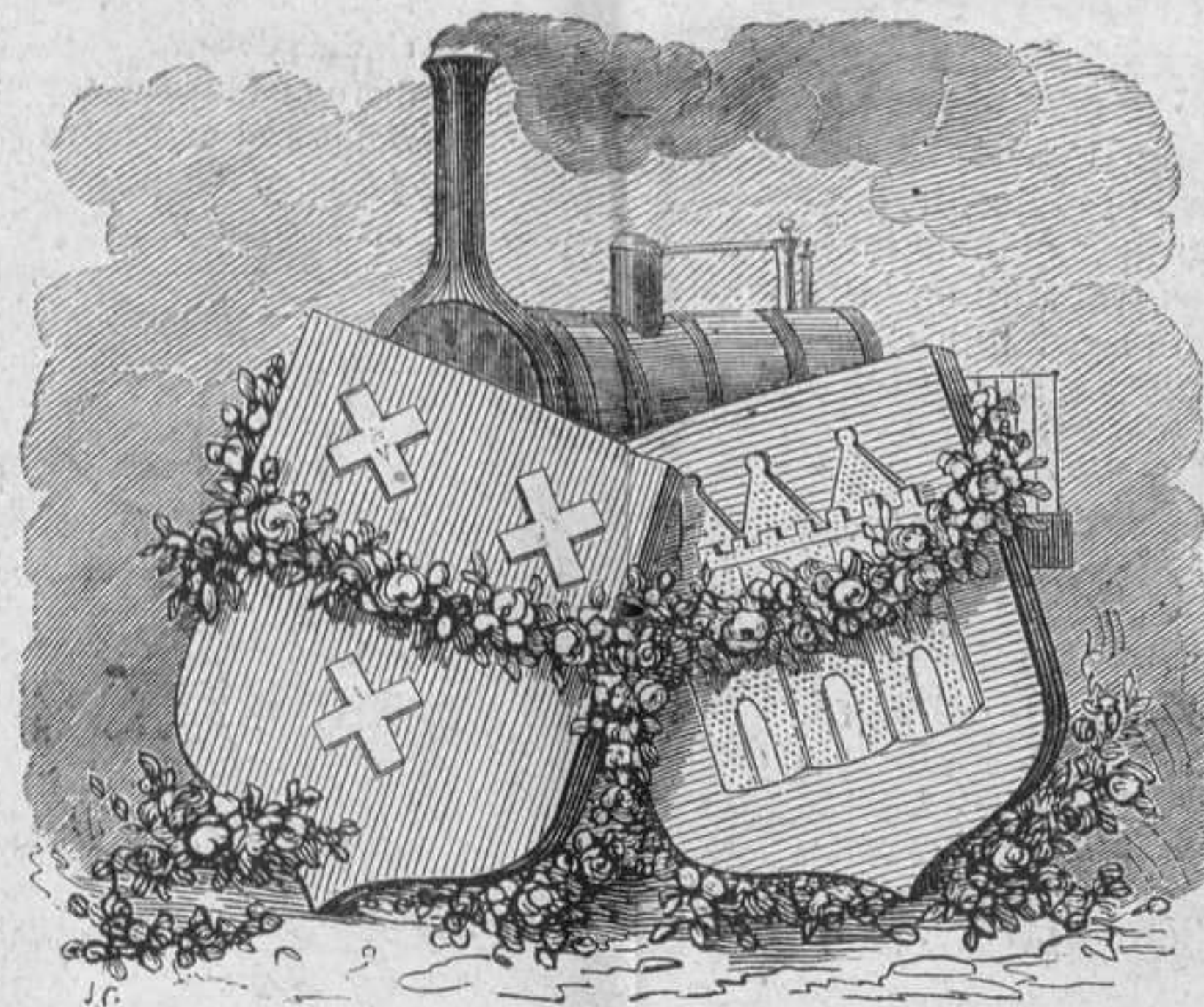


La plaza de Tilbourg durante la recepción en las casas consistoriales.

y á la Virgen, que segun allí dicen, va á volverla á su casa y á pagarle la visita.

Llegados que fueron, empezó la misa mayor con orquesta y asistencia del prelado y autoridades, y despues del Evangelio pronunció el panegirico de la Santa el distinguido canónico de Palencia señor don Godofredo Ros y Biozca, que luciendo con una entonacion dulce y agradable su vasta instruccion, comparó á grandes rasgos y muy acertadamente el siglo XVI con el XIX. La falta de espacio y la indole de este artículo nos impide, bien á pesar nuestro, dar una idea, aunque fuera ligera, de la brillante peroracion del señor Ros, y concluiremos la descripcion de la funcion de por la mañana, elogiando cual se merece el hermoso *O sabbataris hostia* (pues tal nos pareció) que despues de la elevacion ejecutó la capilla de música.

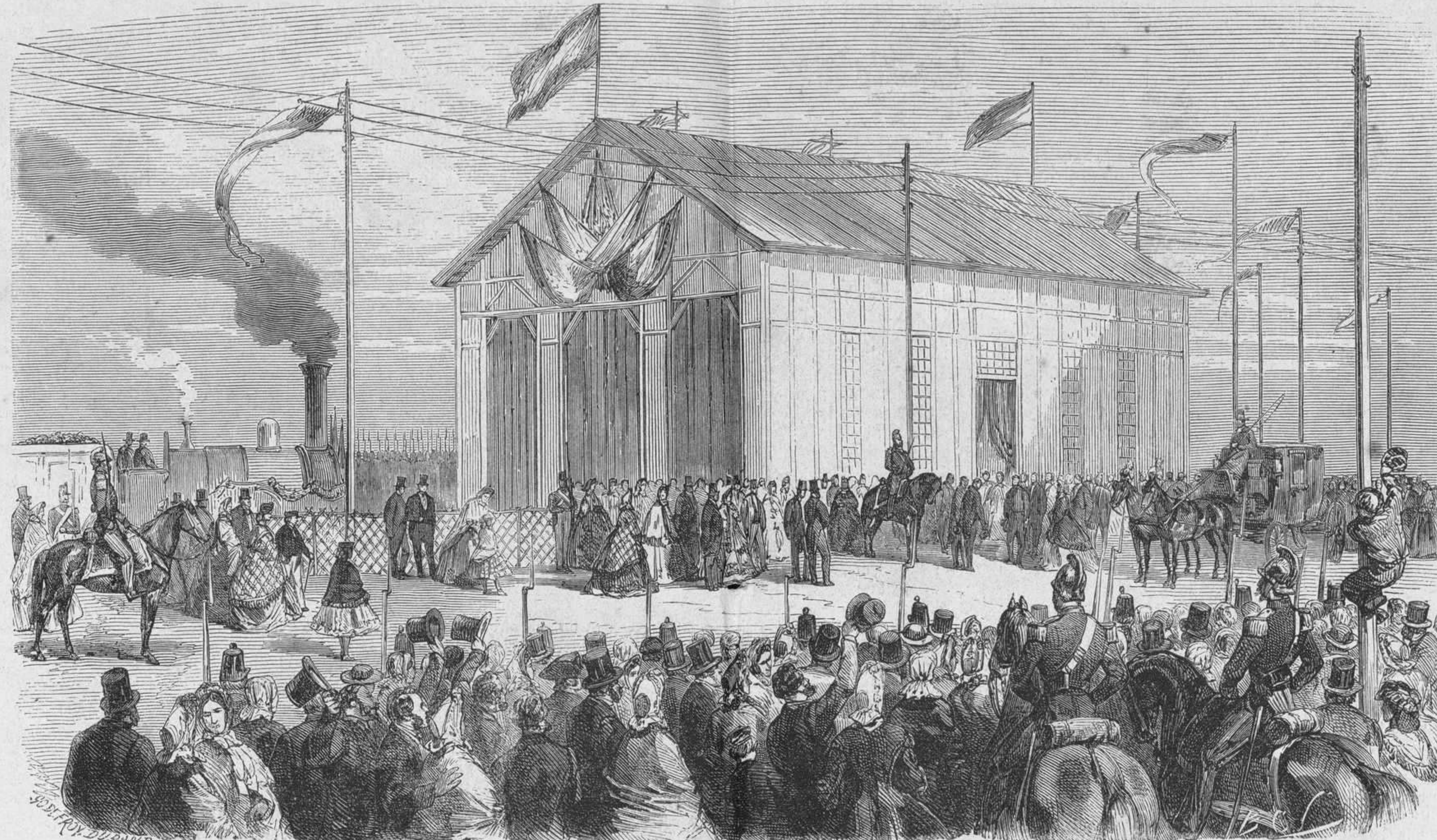
Por falta de tiempo dejamos de preguntar el nombre del autor; pero sea quien fuere, debemos confesar que es una pieza magnificamente armonizada, y que nos recordó la música clásica que oímos este año en las Trinitarias de esta corte con motivo de las horas de Cervantes. A las doce dadas, si ya no era la una, terminó la misa, y



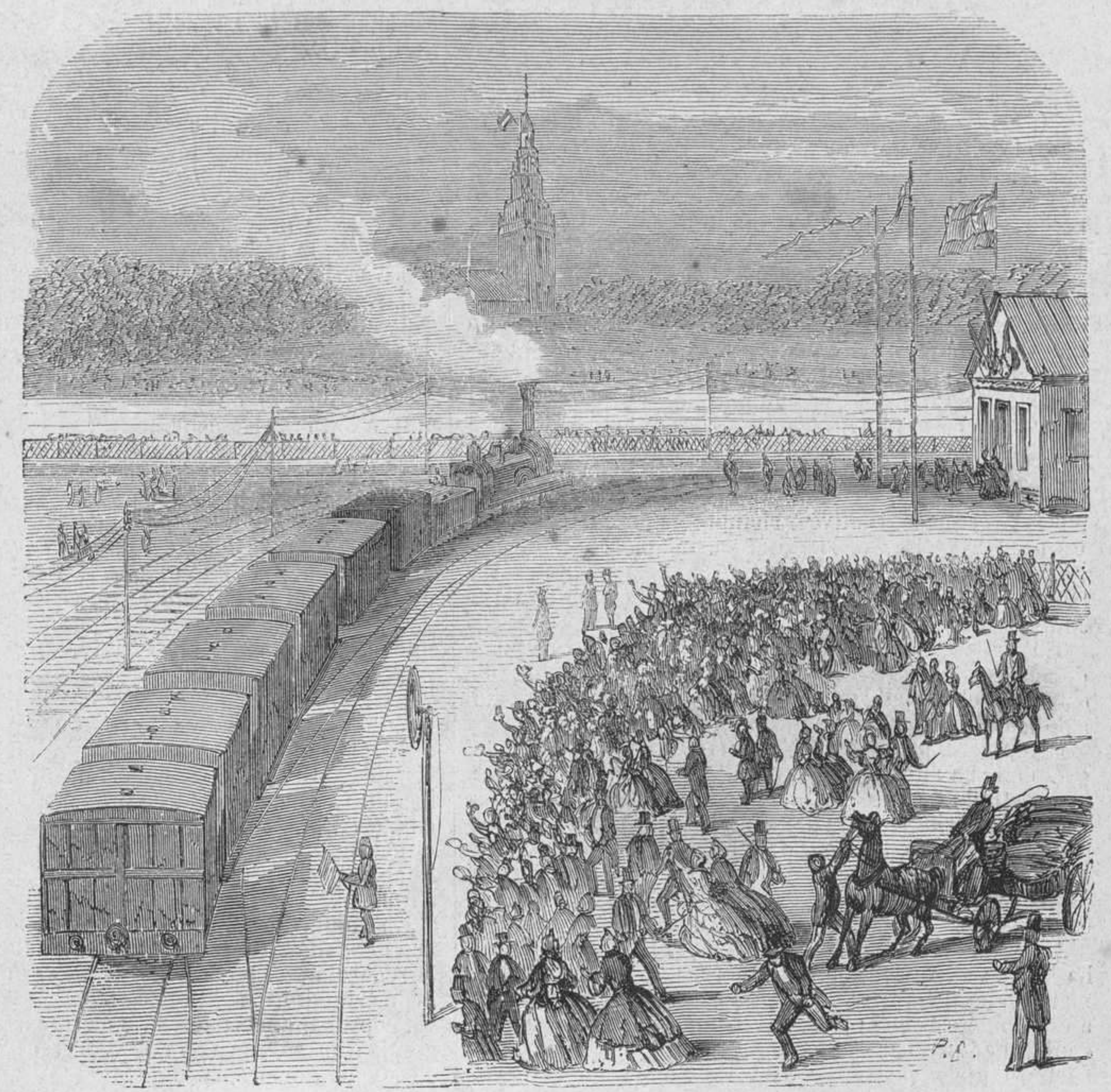
Breda-Tilbourg.

cada uno se fué á su casa, no sin haber antes besado el dedo, sandalia y rosario de santa Teresa y de haber echado un vistazo al cuartito donde nació, que se ha trasformado en una capillita consagrada, donde entre pinturas no malas, alegóricas á la Santa, vimos la Virgen que la acompañó en todos sus viajes. No bien daban las tres y media de la tarde, y ya con mucha dificultad penetraba el ayuntamiento en la iglesia de la Santa para asistir al segundo día de la novena y último de funcion solemne, despues de la que sacan otra vez en procesion á las dos imagenes de la Virgen y santa Teresa, esta delante.

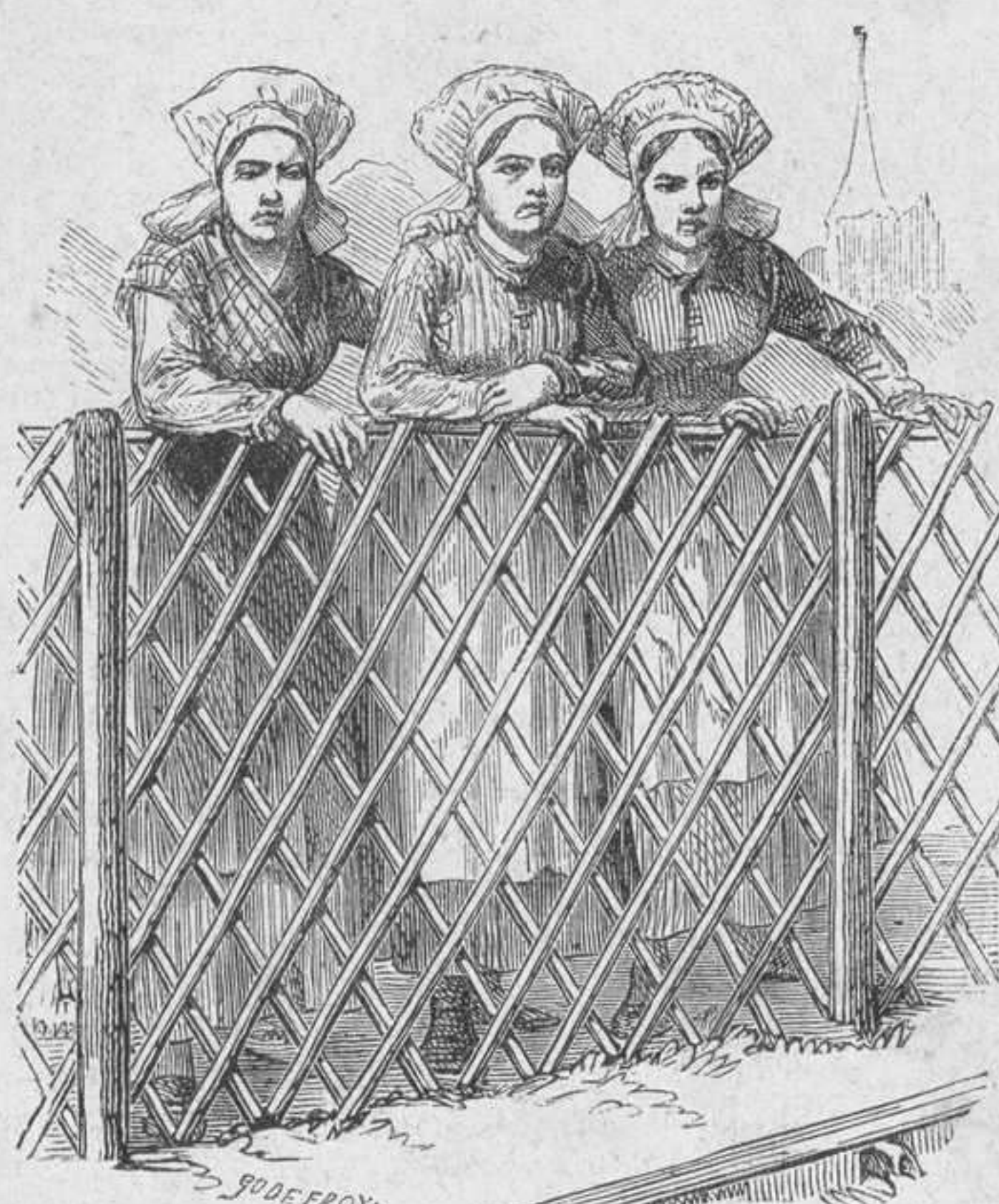
Llegadas al final de la plazuela y sitio donde han de separarse para volver Nuestra Señora de la Caridad á su capilla, detienen ambas efigies, y alejando de espaldas la de la Santa, la ponen en el suelo. Cantan los músicos unas estrofas que no alcanzamos á oír, y terminadas volvieron á levantar á la Santa y la aproximaron en algunos pasos á la Virgen, dejándola de nuevo en el suelo y cantando nuevas estrofas. Hasta tres veces se repite esta escena, realmente conmovedora. Lo apacible de la tarde, las vistosas colgaduras de los



Llegada de M. Thorbecke, ministro del Interior, á la estacion provisional de Breda.



Llegada á la estacion de Breda.



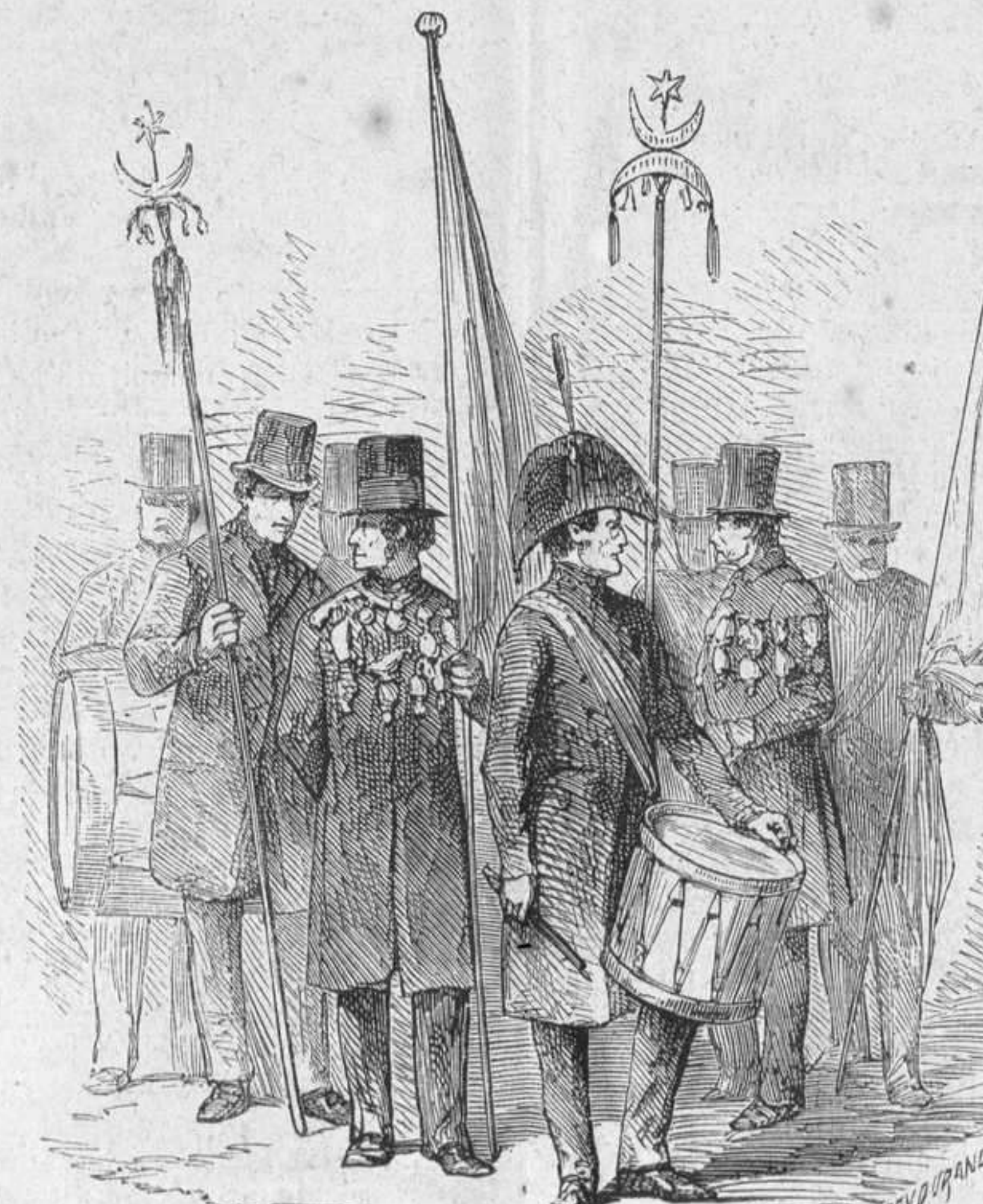
Mujeres de Tilbourg.

balcones, poblados de gente, la multitud compacta que llenaba la plaza y las sencillas frases que se cruzaban entre aquellas buenas labradoras engalanadas con sus zagalejos de mil colores, todo inspira esa tierna emocion que solo producen las ceremonias de la Iglesia católica.

La imagen de la Virgen, que tiene una sonrisa dulce que encanta, estaba preciosamente adornada con un vestido blanco bordado de oro y un hermoso manto de terciopelo carmesí sembrado de estrellas tambien de oro, y sobre la cabeza una corona de plata, en cuyo interior aparecía balanceándose graciosamente una diminuta paloma ó Espiritu Santo tambien de plata. Rodean á la imagen unas rafagas doradas, entre las cuales jugueteaban (permitasenos la frase) multitud de flores de plata y hojas verdes que hacian el mejor efecto, así como las de los cuatro floreros que adornaban la esbelta peana sobre que descansa la Virgen. Damos nuestro parabien á sus camareras, así como tambien lo damos á las de santa Teresa, cuya imagen, de gran tamaño y de rodillas, es tal vez como obra de arte, mejor que la de la Virgen. Formaba antes grupo con un Cristo atado á la columna, ante el cual estaba arrodillada con las manos extendidas, la cabeza inclinada y la boca entreabierta en actitud sumamente patética.

El mucho peso del grupo obligó á separarlo, y la efigie de la Santa es la que se lleva en la procesion. — « ¡Mira cómo se rie la Maestra! » decía una voz detras de nosotros. — « Bendita seas, » se oía mas lejos. — « Mamá, mamá, ¿ no es verdad que parece que la Santa le dice á la Maestra que no se vaya? » exclamaba una niña, mientras que una anciana no cesaba de repetir: « Santa mia, ten piedad de mí; Santa mia, ampara-me. » — « Cuidado que están guapas las dos, » decía un hombre á su mujer, y verdaderamente tenia razón, pues el hábito y velo de la Santa son hermosísimos. Aun estaban húmedos los ojos de los espectadores viendo desaparecer á Nuestra Señora de la Caridad detras de la esquina de la calle, cuando una lluvia de moquetes y empujones repartidos con imparcialidad y maestria por el alguacil, nos obligó á dejar paso á la congregacion y cabildo de santa Teresa que volvian á depositarla á su casa en vida y santuario en muerte.

Con el majestuoso canto de las letanias volvió á la catedral la Virgen, y el sol, que solo esto es-



Los gremios de Tilbourg.

peraba para ausentarse, no abandonó para no volvernos á ver hasta la mañana siguiente en Madrid. Despues de cenar los unos y comer los otros, fueron todos á los dos bailes que ambos Casinos tenian preparados, y á los cuales con una cortesia castellana en un todo, convidan á los forasteros que pueden dedicar á ellos una noche. Nosotros la dedicamos al ferro-carril, y ahora viene á pelo rogar á las empresas que no esperen a que empiece el *servicio de invierno* para poner caloríferos en los coches.

Se acabó la fiesta de santa Teresa.

M. DE U. Y B.

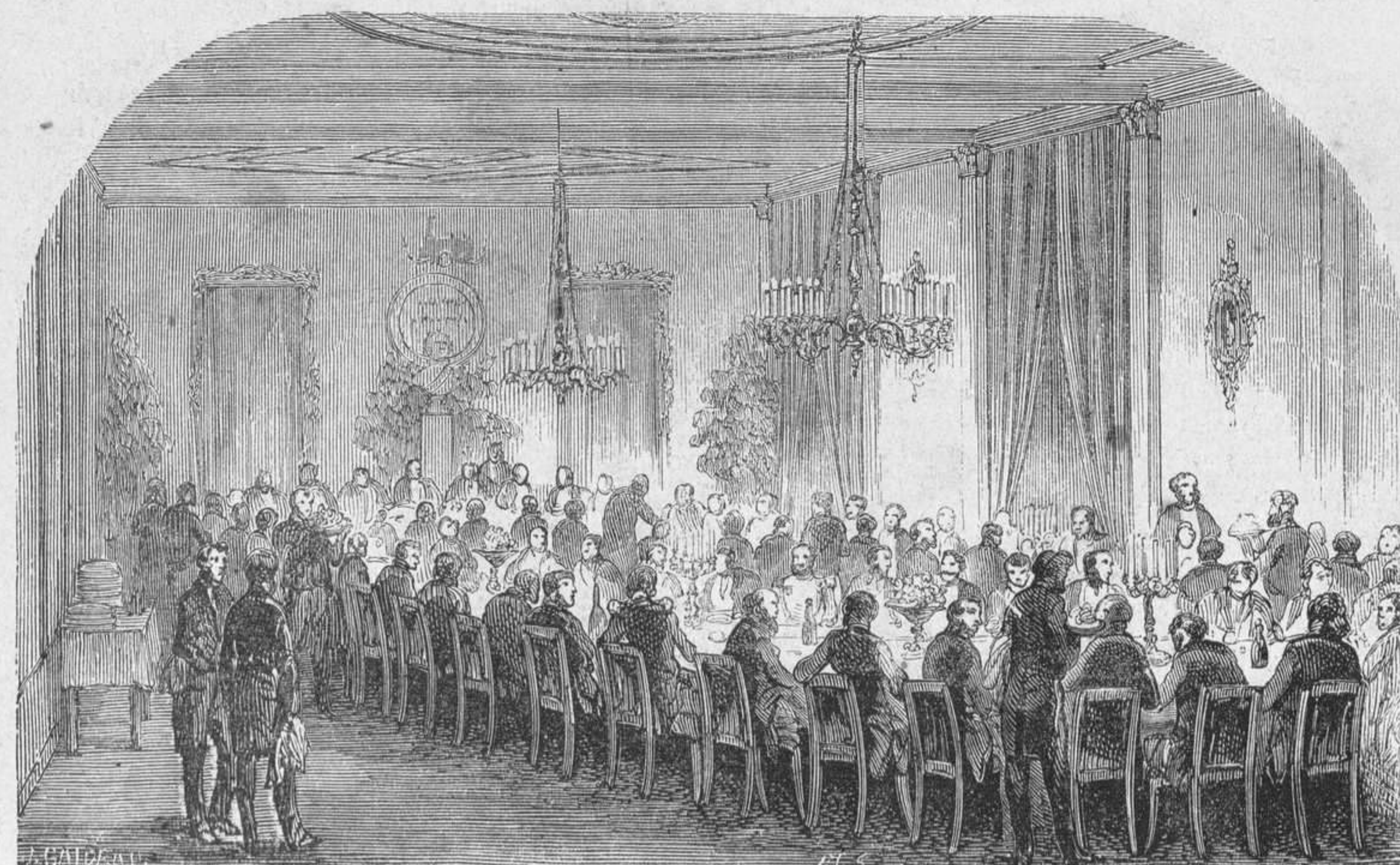
**Ferro-carriles neerlandeses.**

INAUGURACION DE LA SECCION DE BREDA A TILBOURG.

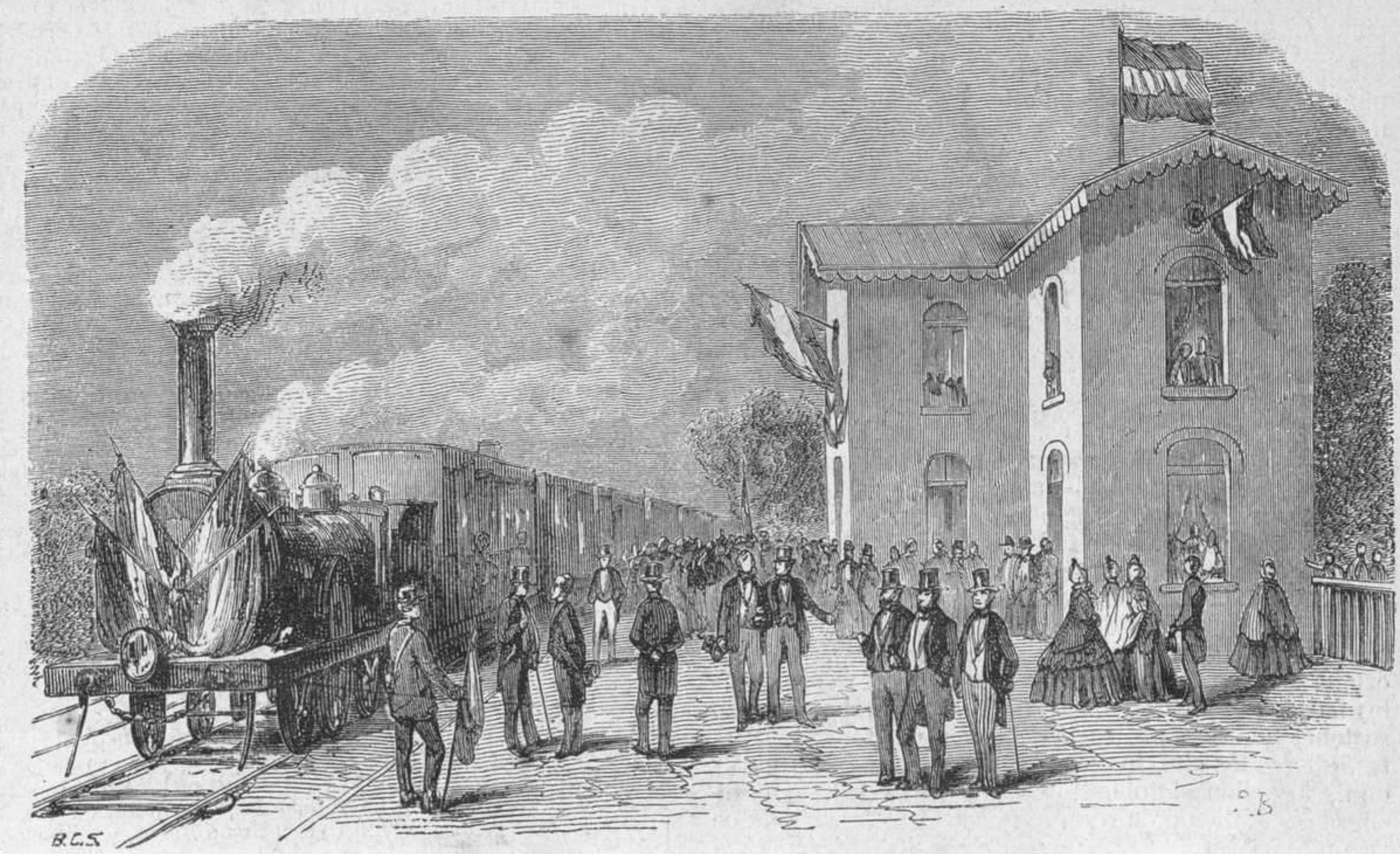
Pocas semanas han trascurrido desde que una sancion real ha autorizado la sociedad *Maatschappij tot exploitatie der Staats spoorwegen*, y ya esta sociedad acaba de inaugurar la primera seccion de la red holandesa decretada por la ley de agosto de 1860. En la rapidez de esta ejecucion hay un hecho que pareceria sorprendente, á juzgar por lo que pasa



Sacerdote de Breda.



Banquete dado en la sala de la sociedad (la Armonia).



Parada en la estacion de Gilsen Ryeen.

### Don Vicente G. Quesada.

M. Cuvillier Fleury, el decano de los críticos franceses, al hablar del eminente Rigault, ha dicho:

« Rigault amaba la lucha, pero en su terreno, con sus armas, su escudo y su divisa, como caballero y no como bandido. No atacaba: era un campeón paciente, moderado, intrépido y hábil. »

Este retrato se completa con las palabras que poco antes de morir escribía el mismo Rigault: « Es preciso, decía, tener en cuenta que la dignidad de carácter no quita nada á la firmeza del espíritu. La moderación eficaz es la moderación armada. »

Nada podríamos decir que hiciese conocer mejor el carácter y las cualidades de Quesada. Aquel es su retrato. Escritor distinguido, sus obras llevan el sello de la mas alta razon y del buen sentido. Ha leído mucho y ha meditado mas. Diarista, abogado, literato y orador en las cámaras legislativas, siempre ha puesto su pluma y su palabra al servicio de sus principios, y nunca se ha manchado « con las traiciones de la pluma ni las bajezas de la palabra, » segun la expresion de Jules Janin.

En sus escritos y discursos, y hasta en la correspondencia epistolar, se revela el pensador, el hombre de estudio y el cumplido ciudadano. Fiel á su bandera, ha sido leal y justo con sus adversarios.

Como veremos mas abajo, en sus tareas de periodista como en sus altas funciones de legislador, Quesada se ha mostrado de un espíritu elevado, y ha defendido los intereses nacionales sin dejarse arrastrar por las fatales inspiraciones de bando, por las mezquinas exigencias locales; propendiendo siempre á la estrecha alianza entre todos los pueblos del continente latino-americano.

Al trazar la biografía del eminente brigadier Mitre, ha habido adversarios poco generosos que han hallado mal el que hiciéramos justicia á esa alta inteligencia y á ese noble carácter; y ha habido quienes nos escriban conjurándonos para que no tracemos una sola línea acerca de la vida y de las obras de los señores Velez Sarsfield y Sarmiento. A su turno los del campo contrario se indignan al tener noticia de que consagramos nuestra pluma en delinear esbozos biográficos de Alberdi, Quesada y otros sugetos que profesan el mismo credo político.

Impasibles nos dejan las excitaciones y aun las repriminaciones de unos y de otros. Esas criticas en sentido contrario se destruyen mutuamente. En tanto que hallemos inteligencia, amor á la república, sinceridad de convicciones, honradez y pureza de sentimientos, poco nos importa la bandera que se siga. Cualquiera americano que se distinga por sus escritos y por sus actos honra á la patria comun, y sirve de protesta á las injustas y apasionadas acusaciones que se dirigen contra la América.

Ya es tiempo de que, en medio de nuestras ardientes luchas políticas, se reconozca un campo neutral, en que se den la mano todos los combatientes: ese campo es el de las letras.

El publicista argentino de que venimos hablando nació en Buenos Aires el día 5 de abril de 1830.

Después de estudios deficientes de literatura y filosofía, estudios que mas tarde ha completado, Quesada frecuentó las clases de jurisprudencia, y el 19 de agosto de 1850 recibió el grado de doctor.

A la caída de Rosas, el nuevo abogado empezó á tomar parte en la política, y se puso del lado de los defensores del pueblo.

La república argentina estaba habituada á vivir bajo el régimen federativo; bajo esa bandera se hizo el pronunciamiento del 1º de mayo de 1851, y ese fué el programa del 3 de febrero de 1852. Quesada, al tomar parte en la discusion de las cuestiones de organizacion nacional, se puso del lado de los defensores del accidente federativo.

Conocidos son nuestros principios acerca de este punto: siempre hemos combatido ese sistema, y acerca de lo que ha tenido lugar en las orillas del Plata hemos escrito varios artículos, sobre todo en 1838 y en 1861. Inútil es entrar hoy en el exámen de esa cuestion. Ya lo hemos dicho muchas veces: somos partidarios del establecimiento de un sistema municipal que ponga á las secciones en posesion de todos sus derechos, y que les atribuya el libre manejo de sus intereses; defendemos la descentralizacion administrativa; pero somos adversarios de ese bastardo sistema federativo á lo hispano-americano, que rompe la unidad nacional, introduce odios lugareños, despierta las ambiciones hasta en las villas, acarrea el establecimiento de gobiernos provinciales complicados y caros, funda cacicazgos, y prepara guerras internacionales.

La historia de la federacion en la América latina está escrita con sangre. Desde el Orinoco hasta el Plata, ese sistema ha comprometido la independencia patria, ha producido la desmembracion de los Estados, y ha hecho surgir tiranos como Boves, Rosas y Mosquera, sin contar otros menos prominentes. Sin embargo, Quesada estaba y está muy distante de pertenecer á la escuela de los federalistas neo-granadinos: jamás se le ha ocurrido sostener que cada provincia deba darse códigos diferentes, que en las elecciones generales no tenga un poder de fiscalizacion el gobierno nacional, que no haya derecho de extradicion de reos de una provincia á otra, que puedan las diversas secciones concluir tratados como si fueran Estados independientes. Estos disparates políti-

cos estaban reservados á la escuela de Mosquera y de Murillo (1).

El 1º de mayo de 1852, Quesada fué nombrado oficial en el ministerio de Relaciones exteriores, y con tal carácter concurrió al acuerdo de San Nicolas de los Arroyos. En esa época acompañó al gobernador de Buenos Aires, el señor don Vicente Lopez.

En 18 de agosto de 1852, Quesada fué nombrado por el director provisorio de la confederacion argentina, oficial de la legacion acreditada cerca del gobierno de Bolivia. El jefe de la legacion era el coronel don Juan Elias. Esos diplomáticos se pusieron en marcha el 4 de setiembre de 1852, y en Córdoba recibieron noticia de la revolucion que habia estallado el 11 de aquel mes.

En un espíritu contemplativo y observador al mismo tiempo como el de Quesada, debieron producir honda impresion la salvaje majestad de las Pampas, la hermosura de la sierra de Córdoba. En Tucuman cayó enfermo el jóven diplomático, y bajo la influencia de este cielo siempre azul y de tan variados y hermosos paisajes, escribió *las impresiones de viaje, recuerdos de las provincias de Córdoba, Santiago y Tucuman*. Ese escrito revela al publicista y al poeta. Esas páginas dan una cabal idea de las provincias descritas.

Tambien escribió por aquella época, y la remitió al ministerio de Relaciones exteriores, una *Memoria sobre postas, correos y caminos*.

La revolucion de setiembre hizo imposible el cumplimiento de la mision diplomática que se habia confiado al coronel Elias, y en la cual figuraba Quesada. En diciembre de 1852 se habia efectuado una contra-revolucion. Quesada se mantuvo alejado del teatro de la lucha, y en mayo de 1853 se embarcó en San Nicolas con direccion á Montevideo. En esa época, Buenos Aires estaba sitiado por las fuerzas de los generales Lopez y Urquiza.

En Montevideo habian escaseado los recursos al jóven abogado, y para aumentar su haber, tomó parte en la redaccion de la *Prensa uruguaya*, que dirigia el senador Massini.

Poco tiempo después, el encargado de la legacion argentina en Montevideo nombró a Quesada canciller del consulado general.

Cuando terminó la guerra civil, Quesada se embarcó para Buenos Aires. En esa ciudad continuó sus estudios de abogado, y en la Academia de jurisprudencia fué encargado para pronunciar el discurso de apertura de las sesiones ordinarias, y los directores de esa corporacion lo acogieron con aplauso. Ese discurso pronunciado el 2 de mayo de 1854, contiene pasajes notables acerca de las leyes generales preexistentes y de la organizacion de la familia y la propiedad desde el advenimiento del cristianismo.

Las luchas políticas empezaron de nuevo, y el abogado volvió á tomar parte en ellas. Partidario de la *integridad nacional*, el federalista sostuvo con calor sus convicciones, sin tener en cuenta que el desquicio de la nacion venia precisamente del establecimiento del sistema federativo.

El caudillo general Urquiza habia entrado á ejercer la presidencia en marzo de 1854. Quesada se em-

(1) En el *Correo de Ultramar*, fecha 15 de agosto de 1863, decíamos lo siguiente:

En cuanto á la cuestion de principios, ya en largos y detenidos estudios, publicados hace algunos años, hemos desarrollado estos puntos: estamos contra el sistema de centralizacion administrativa; somos partidarios del establecimiento de un régimen municipal que ponga á las secciones en pleno ejercicio de sus derechos, y que les atribuya el libre manejo de sus intereses. Así como combatimos la centralizacion administrativa, combatimos tambien el sistema federativo.

Federar es unir, *faderis*, y no necesita de union lo que no está desunido. En la América anglo-sajona, la Nueva Inglaterra, la Pensilvania, Nueva York, etc., etc., fueron colonizados de diverso modo, y durante muchos años vivieron esas secciones bajo el imperio de leyes, tradiciones y costumbres diferentes. Al independizarse de la metrópoli, las diferentes porciones que constituian la América anglo-sajona tenian dos medios: vivir separadas, absolutamente independientes, y así se exponian á los peligros de las luchas de Estado á Estado, y aparecian débiles ante el extranjero; ó bien se unian, bajo un gobierno nacional, conservando cada Estado el modo de ser peculiar que le habian dado varios siglos de existencia. Entonces se pensó en reunir esas partes separadas, en federarse: *e pluribus unum*. La América anglo-sajona obró impulsada por la ley de la necesidad, siguió el sentido etimológico é histórico de la palabra *federar*.

En los Estados de la América latina, colonizados de un mismo modo, teniendo idénticas leyes, tradiciones, religion, ¿qué se quiere obtener con la federacion á *contresens*? De la unidad se va al fraccionamiento, al desquicio. Allí no hay *e pluribus unum*, sino *ex uno, plures*.

Los innumerables Estados del antiguo imperio germánico se refundieron en la Confederacion germánica en 1806, y tomaron su forma actual en 1815. Hoy, ¿á qué aspiran los diversos pueblos alemanes? A la union; á la centralizacion gubernamental, acompañada de la descentralizacion administrativa.

Si hay una parte del mundo en que las necesidades, las tradiciones y hasta los antiguos odios aconsejaron adoptar el sistema federativo, seria en Italia; y ya vemos que con heroica constancia se trabaja para llegar á la unidad nacional.

¿Qué fueron la Francia y la España mientras no se constituyó esa grande unidad política que hoy tienen? La historia nos lo enseña. Solo que estas dos naciones han ido á parar en el exceso de la centralizacion. ¿Por qué causas se vió comprometida la independencia de Venezuela, y entronizada la sangrienta tiranía de Boves, etc.? ¿Cómo empezaron las primeras luchas civiles en Nueva Granada, y qué ha sucedido en esa república desde 1857? ¿Por qué dieron tantos escándalos los Estados de la América central? ¿Cómo ha venido Méjico á parar en lo que hoy es? ¿Qué principio político proclamó Rosas, y por qué se ha derramado tanta sangre en la república argentina? Preguntad todo esto á los federalistas y al mundo entero.

barcó en el vapor *Progreso*, que le dejó en el Rosario, fué por tierra á Santa Fe, y atravesando el rio Paraná, llegó á la capital provisoria de la confederacion. Entró como oficial en el ministerio de Relaciones exteriores, y luego acompañó al ministro del Interior, doctor J. B. Gorostiaga, en una comision á las ciudades de Santa Fe y del Rosario. Poco después trabajó una interesante Memoria sobre la organizacion del ministerio de Relaciones exteriores, y en diferentes diarios publicó artículos políticos y literarios.

Nombrado oficial mayor del ministerio del Interior, se hizo cargo tambien de la redaccion del *Nacional argentino*, diario oficial. Algunos meses mas tarde, Quesada renunció esos empleos.

Pasó á la provincia de Corrientes, y el gobernador don Juan Pujol le dió un importante destino y le nombró redactor del *Comercio*, en cuyas columnas publicó muchos interesantes artículos políticos y literarios, y su obra sobre la provincia de Corrientes, que ha sido traducida al alemán.

Habiendo el general Caseres invadido la provincia de Corrientes en 1855, el gobernador señor Pujol salió con tropas para hacerle frente. Aun cuando Quesada no era militar ni hablaba el *guaraní*, dialecto de la provincia, guiado por el honor, acompañó á su jefe en esa campaña, que terminó por la derrota del general Caseres. Quesada fué entonces muy elogiado por sus amigos y sus jefes.

Partió á Buenos Aires con ánimo de regresar á Corrientes; pero una vez en aquella ciudad, se resolvió á entrar en el gremio de los abogados. Al efecto pasó los exámenes requeridos el 18 de setiembre de 1855. *El Judicial*, periódico de los tribunales, en su número del 21 de setiembre, hizo grandes elogios de Quesada, « por el estudio y talento que el jóven candidato mostró en tan solemne acto. »

*El Judicial* decía que Quesada habia sostenido con brillo y mucha ciencia las cuestiones mas espinosas, tales como la teoria de las obligaciones, la asociacion natural de las ideas, las relaciones legales entre padres é hijos, las sucesiones, etc., etc.; cuestiones todas relacionadas con el objeto sobre que versaba la sentencia que se le dió á examinar.

En ese acto expuso el candidato los deberes del abogado, en términos dignos de d'Aguesseau.

En febrero de 1856, Quesada fué elegido diputado al Congreso nacional por la provincia de Corrientes. La nota que dirigió el gobernador de esa provincia al diputado electo participándole su eleccion, está concebida en términos muy honoríficos.

En las sesiones legislativas de aquel año se trataron algunas cuestiones de alto interés nacional, sostenidas con calor por el ministerio: el establecimiento de derechos diferenciales, el exámen del tratado de amistad, comercio y navegacion concluido con el Brasil el 7 de marzo de 1856, — la autorizacion pedida por el poder ejecutivo para protestar contra el gobierno de Buenos Aires por los actos que ejerciera de soberanía exterior, y por la enajenacion de tierras públicas.

El diputado por Corrientes, con una independencia digna de elogio, combatió esas ideas del gabinete: los claros y precisos principios de la ciencia económica le sirvieron de guia para demostrar cuán absurdo y pernicioso era el proyecto de establecer derechos diferenciales; en nombre de las prerogativas reconocidas á las provincias, manifestó que Buenos Aires tenia pleno derecho para enajenar las tierras que le pertenecian; en cuanto al ejercicio de la soberanía transeunte por un gobierno provincial, no era posible negar el apoyo al gobierno general, sin incurrir en la mas chocante aberracion y sin romper la unidad nacional. El tratado con el Brasil entrañaba muchos vicios, y el señor Quesada los señaló con suma precision: entre otros notó los siguientes: no tenia término fijo, — era indefinida su duracion, y así se desconocian los principios mas elementales del derecho de gentes moderno, y se comprometia el porvenir de la república; al hablar del Paraguay (y esto habria debido no ser materia del tratado), no se precisaban los limites de las dos repúblicas, y se perdian los puntos ganados por convenciones anteriores; se introducía un artículo sobre extradicion de desertores del ejército y de la marina, que debia ser objeto de una convencion separada; el gobierno argentino consentia en la neutralizacion, en caso de guerra, de la isla de Martín García, que pertenece á la confederacion, y esto sin contener una clausula de reciprocidad.

La *Tribuna* de Buenos Aires, fecha 7 de agosto de 1856, calificó de brillante el discurso del diputado correntino, sobre derechos diferenciales, y lo reprodujo « como un homenaje de reconocimiento á las ideas expresadas por el orador. »

El gobernador de Corrientes con fecha 25 de junio de 1856, felicitó calurosamente al señor Quesada por la inteligencia é integridad con que habia llenado el mandato de sus comitentes.

En aquellas sesiones, Quesada dió pruebas evidentes de no ser hombre de partido, sino leal servidor de la patria. No se afilió bajo las banderas de una oposicion sistemática, ni fué ministerial á todo trance. Siguió los dictados de su conciencia y consultó los intereses generales.

Al regresar á Corrientes, el pueblo y las autoridades recibieron en triunfo al jóven diputado que tan bien habia llenado su mision. *El Comercio* correntino de aquella época, al describir una serenata que se organizó en honor del diputado, se expresaba así:

« El pensamiento promovido por algunos ciudadanos de manifestar por medio de una serenata al doctor don

Vicente G. Quesada, diputado á las cámaras nacionales, la gratitud del pueblo por el patriotismo é inteligencia con que abogó por la provincia en el Congreso nacional, encontró eco en el corazón de todos los habitantes de esta capital. Anteanoche, los salones y patios de la *Sala de comercio* se llenaron de una numerosísima concurrencia, compuesta de nacionales y extranjeros. La noche estaba calurosa, pero serena, las estrellas brillaban en el cielo. A las ocho, la reunión, con la banda de música á la cabeza, se puso en marcha recorriendo algunas calles, y después de pasar por frente de la casa de S. E. el señor gobernador, se dirigió á la del señor vicecónsul de Cerdeña, donde se hospeda el doctor Quesada, que salió á recibirla. En el salón se habían reunido las más bellas de nuestras señoritas, deseosas de concurrir á dar realce á esa manifestación pública con los encantos de su hermosura. Al entrar al salón las señoras de la serenata, el doctor don Eusebio Toment, á nombre de ellas, pronunció un corto pero elocuente discurso, en el que trató de simbolizar esa demostración tan honorífica para un hombre que ha sabido tan bien grangearse la estimación y el aprecio de sus comitentes.

» El doctor Quesada, sumamente conmovido por las sensaciones que debía sentir su corazón y que traducía su semblante, en un momento tan grato y de tanta gloria para la aurora de su vida pública y de su carrera parlamentaria, contestó poco más ó menos en estos términos: « La emoción que experimento por las demostraciones que me haceis, prueba mejor que las palabras cuánto la agradezco. En el seno del Congreso he tratado de cumplir mi deber, y si alguna aspiración he tenido, es que mi conducta como diputado mereciese la aprobación de la noble provincia de Corrientes y de mis electores. »

» En seguida se empezó á bailar. La reunión acordó entonces que se invitase á S. E. el señor gobernador para venir á honrar con su presencia aquel regocijo del pueblo, y una diputación compuesta del señor Gallino, vicecónsul de Cerdeña, el señor Galarraga, juez del crimen, y los doctores Vidal y Cossio y algunos otros, se dirigió á casa de S. E., que vino en efecto. »

Para un demócrata esa demostración popular era un verdadero triunfo.

En 1857, Quesada regresó á Buenos Aires, y allí entró en la cofradía de los hombres serios, pues contrajo matrimonio con una estimable señorita. Poco después se dió al ejercicio de su profesión de abogado.

Habiendo dado á luz una interesante obra sobre la provincia de Corrientes, *los Debates, el Nacional, el Orden, la Prensa* y casi todos los diarios importantes de la confederación argentina hicieron el debido elogio de este escrito útil, sólido y brillante. La prensa del Uruguay no fué menos favorable al escritor argentino.

Pero á pesar de la acogida lisonjera que tuvo el libro, el autor no alcanzó á costear la impresión con el producto de la venta! En las repúblicas del nuevo mundo no hay aun estímulos para los que se dedican á los trabajos de la inteligencia.

En 1857 Quesada no concurrió á las sesiones del Congreso; pero sí asistió á las de 1858. Por aquella época se habían agravado las malhadadas complicaciones entre Buenos Aires y el gobierno general. El ministerio presentó un proyecto de ley que completaba el absurdo sistema de los derechos diferenciales; Quesada lo combatió con brio. También combatió el proyecto del ejecutivo sobre organización de los tribunales federales. Ese documento revela vastos conocimientos y sano criterio. Sentimos no entrar en el análisis de las opiniones del orador, pues no cabe esto en nuestro plan; pero diferimos en muchos puntos con el publicista argentino.

En 1858, el señor Quesada tuvo la feliz inspiración de unirse con otros diputados y presentar un proyecto de ley en honor de la memoria del ilustre patriota Lopez y Planes, autor del hermoso canto nacional argentino. En nuestras repúblicas, el verdadero mérito y los altos servicios rara vez encuentran recompensa, y pronto se olvida la memoria de los ciudadanos ilustres. Por esto fué grande y fecundo el pensamiento que guió á los autores de aquel proyecto.

La prensa argentina, en general, apoyó la feliz idea del diputado por Corrientes.

En las mismas sesiones, Quesada protestó contra la ocupación de cierta parte del territorio argentino por las tropas paraguayas.

Pero la discusión en que más lució el joven diputado fué en la relativa al pago que el gobierno nacional estaba dispuesto á hacer de las reclamaciones francesas, inglesas y sardas, por los daños ocasionados á los extranjeros en una contienda civil anterior. Esa cuestión tan importante para las repúblicas latino-americanas y para todo Estado débil, fué tratada con sumo lucimiento por el orador. Es de advertir, que habiéndose Quesada adherido á la candidatura del señor Derqui para la futura presidencia, el rechazo de esas convenciones dañaba al ministro que las había adoptado (ese ministro era Derqui) y desprestigiaba el candidato. Quesada tuvo bastante patriotismo para no subordinar una cuestión de principios á las exigencias de un partido.

Quesada pidió permiso para ausentarse antes de que espirase el término ordinario de las sesiones, y se dirigió á Buenos Aires; lo que le impidió oponerse á que se aprobara el tratado sobre límites y extradición entre el Brasil y la confederación argentina.

Poco tiempo después empezaron á ser más ardientes las polémicas entre Buenos Aires y el gobierno nacional. El gobierno de la provincia disidente fué autorizado por las cámaras para hacer la guerra á las autoridades

nacionales. El Congreso del Paraná, por decreto de 20 de mayo de 1859, ordenó que la cuestión de integridad nacional se resolviese por la fuerza, si eran estériles las negociaciones de paz.

Volvióse á poner á la moda la cinta encarnada, emblema histórico en la república argentina. Quesada, como el señor Alvear y otros buenos ciudadanos, tuvieron el buen sentido de no llevarla, pues consideraban que la sociedad estaba ya bien dividida por las opiniones políticas, para establecer una línea más de separación de provincia á provincia, de villa á villa y de casa á casa.

Por aquel tiempo se publicó un Manifiesto redactado por el señor don Lucas Gonzalez y firmado por ciudadanos de diferentes matices políticos, entre otros por Quesada, en el cual se explican los motivos de la guerra. En el fondo de esas cuestiones, explotadas ya por un partido, ya por otro, siempre se hallaba la de la integridad nacional. No es este el lugar de emitir nuestra opinión acerca de esas constantes luchas. En los artículos que sobre esas repúblicas hemos escrito desde 1857, hemos tenido ocasión de tratar á fondo los puntos en litigio entre las provincias de la Plata. Del lado de Buenos Aires, criticamos su tendencia á la separación, aun cuando hacia protestas de no querer romper la unidad nacional. Del lado del gobierno del Paraná, sobre todo bajo la dominación Urquiza, censuramos sus decretos sobre derechos diferenciales, su espíritu de militarismo y de caudillaje. No quiere decir esto que todos los defensores de la integridad de la nación aplaudiesen ciegamente esa política; pero los hechos existían, y nada hay más brutal que un hecho.

En las sesiones de 1859, Quesada pronunció sólidos y notables discursos acerca del tratado concluido con la república de Bolivia, del proyecto de ley sobre expropiación por causa de utilidad pública; y el orador se mostró siempre fiel á los más sanos principios de política, de administración y de la ciencia económica.

Habiendo el gobierno expedido un decreto mandando que en la aduana del Rosario no se admitiese otro papel de crédito que los bonos del empréstito Buschenthal, Quesada hizo serias interpelaciones al ministerio, y demostró que ese decreto era ilegal y que comprometía grandes intereses, dando un golpe de muerte al crédito de la república. La discusión fué acalorada, y el gabinete terminó por presentar un nuevo proyecto de ley.

Mientras tanto, seguían aprestándose para la guerra los dos partidos que se lanzaban terribles miradas de cólera y los más odiosos apóstrofes. El ministro residente de los Estados Unidos, M. Yancey, ofreció su mediación, pero no salió adelante en su generoso proyecto.

Las hostilidades empezaron. Tuvo lugar la batalla de Cepeda, que fué desastrosa para las armas de Buenos Aires; y tras ella se celebró el pacto de familia de 11 de noviembre de 1859.

Terminado el período legal por el cual el señor Quesada había sido designado como diputado por la provincia de Corrientes, se dirigió á la capital de esa provincia, y allí, siguiendo una práctica que deseáramos ver observada por todos los representantes del pueblo, publicó una carta, en que daba cuenta á los electores del modo como había llenado su misión y de las cuestiones que se habían discutido y resuelto. Esa hermosa carta fué reproducida por los órganos principales de la prensa argentina.

El 15 de octubre de 1859, Quesada fué nombrado asesor del gobierno de la provincia de Corrientes.

En enero de 1860, los correntinos, para recompensar el patriotismo y el celo ilustrado del señor Quesada, le reeligieron para que les representara en el Congreso.

El joven diputado se encaminó á la capital de la confederación, y tomó parte en el escrutinio de las elecciones para presidente y vicepresidente de la nación. El señor Derqui fué designado para suceder al general Urquiza. Después de un corto viaje á Buenos Aires, Quesada regresó al Paraná, en donde se hallaba á la cabeza del ministerio del Interior su leal amigo el señor doctor Pujol, que contribuyó á que fuese nombrado en calidad de subsecretario; y aun por algún tiempo estuvo desempeñando las funciones del ministro, en ausencia de este.

En el desempeño transitorio de tan elevado puesto, Quesada dictó algunas medidas importantes: por decreto de 21 de abril, se creó la inspección general de minas y trabajos públicos. Por decreto del 22, se mandó levantar el plano catastral del territorio federalizado, con especificación de las propiedades públicas, privadas y de la Iglesia. Se levantó el censo del territorio federalizado. Por decreto de 26 de abril se mandó abrir un camino desde la ciudad de Santa Fe á la de Córdoba. Se expidieron varias circulares sobre correos, caminos, etc. Se despacharon los negocios atrasados. Se prepararon los materiales para la Memoria que el ministro debía presentar al Congreso en las sesiones del mes de mayo.

El 8 de mayo de 1860, Quesada fué nombrado « miembro del consejo consultivo de Hacienda. »

En unión del ilustrado doctor Pujol, ministro, Quesada fundó el Instituto histórico y geográfico de la confederación argentina, y este señor fué nombrado secretario.

Nombrado por el gobierno nacional en calidad de secretario de los comisionados que debían entenderse con el señor doctor Velez Sarsfield, le tocó firmar el convenio de 6 de junio de 1860. El Mensaje en que el presidente de la nación daba parte á las cámaras de la celebración de ese convenio, fué redactado por Quesada.

Lealmente ejecutado por una y otra parte, ese pacto de familia habría producido felices resultados.

El 2 de julio, Quesada renunció el empleo de subsecretario del Interior, para tomar asiento en la Cámara de diputados. El gobierno general aceptó la renuncia en términos muy honoríficos para el que la presentaba.

En febrero de 1860, Quesada fundó la *Revista del Paraná*, publicación de la más alta importancia, y en la cual se publicaron sólidos y brillantes artículos sobre política, administración, geografía, etnografía, jurisprudencia, literatura, etc. Al principio, el redactor no halló apoyo alguno; pero pocos meses después las autoridades y los particulares rivalizaron de celo para procurar estímulos á una publicación que prestaba servicios no solo á la confederación argentina, sino á la gran familia latino-americana.

Al mismo tiempo que redactaba la *Revista*, Quesada continuaba sus importantes correspondencias para el *Correo de Ultramar*.

En abril de 1861, se reunió el Congreso en sesiones extraordinarias. Habiendo el gobierno del señor Derqui dictado los decretos inconstitucionales de 26 de octubre de 1860, atentatorios á la libertad de sufragio, Quesada envió una notable Memoria á la gobernación de Corrientes, que sentimos no tener á la vista, pero que leímos en aquella época, y cuyas ideas son justas y fundadas en los principios.

En esas mismas sesiones surgió la cuestión de inconstitucionalidad de las elecciones hechas en Buenos Aires. Siempre hemos tenido vivas simpatías por la causa de esa provincia, aun cuando hemos hecho severas críticas a su antigua política de aislamiento y de escisión. En cuanto á elecciones, es evidente (y con imparcialidad lo dijimos en diversos artículos antes como después de la batalla de Pavón), que Buenos Aires no debió dividirse en diversos distritos electorales para hacer la elección de diputados, pues la Constitución decía claramente que para efectos electorales cada provincia figuraría como un distrito electoral de un mismo Estado. Sobre este punto es notable el Informe presentado á las cámaras por los señores Quesada, Gutierrez, etc.

Los políticos de Buenos Aires, aparte esa irregularidad, habían explotado en favor de su causa las rivalidades que habían surgido entre Urquiza y Derqui. Cuando se efectuó la aparente reconciliación de estos dos personajes, Buenos Aires había triunfado moralmente. En Pavón se consagró ese triunfo al estruendo de las armas. Un gobierno débil puso el sello á ese triunfo. La generosidad y la habilidad de los vencedores de Pavón consolidaron la victoria definitiva de Buenos Aires.

Después de la batalla de Pavón, Quesada se embarcó con dirección á Buenos Aires, el 23 de diciembre de 1861, rindiendo de este modo un homenaje á la nueva administración. Si con tanta confianza se ponía bajo la protección del gobierno establecido, era porque reconocía que daba garantías, y que seguía una política elevada y nacional. Debemos decir, que aun cuando Quesada ha conservado la fidelidad de los recuerdos, no por eso deja de hacer justicia al gobierno del brigadier Mitre. Es de advertir que en esos días, mientras que á Quesada se le permitía (no sin protestas de su parte en favor de sus amigos) desembarcar en Buenos Aires, se le negaba igual favor al general Guido.

Como se ve por lo que precede, Quesada ha combatido siempre *pro aris et focis*; pero con lealtad y con las armas de la inteligencia, bajo la bandera del patriotismo.

Hoy vive separado de la política, y ha emprendido, asociado al señor doctor Navarro Viola, una importante *Revista de Buenos Aires*, cuyo mérito es igual al de la *Revista del Paraná*.

El colegio de abogados de Buenos Aires le ha expedido el diploma de miembro de esa Sociedad. Tenemos entendido que ese ilustre hijo de la república argentina recibirá muy en breve algunos diplomas como miembro de varias sociedades científicas y literarias de Europa.

Entre los varios escritos de Quesada, son dignos de mencionarse sus estudios sobre el juicio político en la república argentina y en otras repúblicas de la América latina; verdadero trabajo de publicista y de juriconsulto, escrito con alta razón y en un lenguaje culto y bastante correcto.

Han sido muy aplaudidos, y con razón, los escritos de Quesada sobre la fundación de la ciudad de San Juan de Vera de las Siete Corrientes; *las impresiones de viaje; la Pampa*, recuerdos de la provincia de Córdoba, de Santiago del Estero, de Tucumán, etc.; *la Fundación de Salta*, y muchos otros trabajos de historia nacional, bajo todas sus formas; *Apuntes biográficos* sobre los señores Pujol, Zuviria, etc.

En cuanto al folleto de que hemos hablado sobre la provincia de Corrientes, solo diremos que ha sido aplaudido por la prensa americana, y que ha merecido el honor de ser traducido al alemán, como una cumplida obra descriptiva, geográfica, etnográfica, comercial, y que abre muchos horizontes á la industria y al progreso de la república. El capítulo VI, que trata de la navegación del río Bermejo, en sus relaciones con la provincia de Corrientes, no solo es de utilidad práctica para las naciones del Plata, sino que tiende á sacar de su inmovilidad y de su precaria situación á la república de Bolivia. Ese trabajo completa la interesante Memoria que sobre el mismo asunto publicó el ilustrado señor Leon Favre Clavayros, y que fué reproducida en la *Revue contemporaine*, y traducida en la parte literaria ilustrada del *Correo de Ultramar*.

(Se continuará.)



ACTUALIDADES, POR CHAM.



Ultima entrevista entre la reina de Madagascar y su frasco de aguardiente despues que la Constitucion la prohibió el uso de los licores.



La reina de Madagascar reducida á embriagarse con el agua de Botot, único espirituoso permitido por la Constitucion.



La reina de Madagascar obligada á soplar de tiempo en tiempo en las narices de su primer ministro para probarle que no ha violado la Constitucion.



El nuevo rey de Grecia dirigiéndose á sus Estados.



Efecto producido en el pueblo griego por un gobierno cualquiera al cabo de ocho dias.



¡Diantre! El emperador del Japon no se anda con chiquitas.



Emigracion de las golondrinas. — La Polonia enviando su última súplica.



Anuncio. — «Un jóven que ha estado en Africa, Crimea, Italia y Siria, desea entrar en una familia que salga para Polonia.»



Mourawieff aplaudida por su modo de levantar la pierna.



Mourawieff silbado por su modo de levantar el brazo.

— ¿Saludas á su caballo? — El árabe adora á su montura, y habria podido formalizarse si no le saludara.



La Fantasia árabe. — Puesto que él arroja lo que lleva al pasar por delante de nosotros, algo debo arrojar yo tambien para devolverle el obsequio.

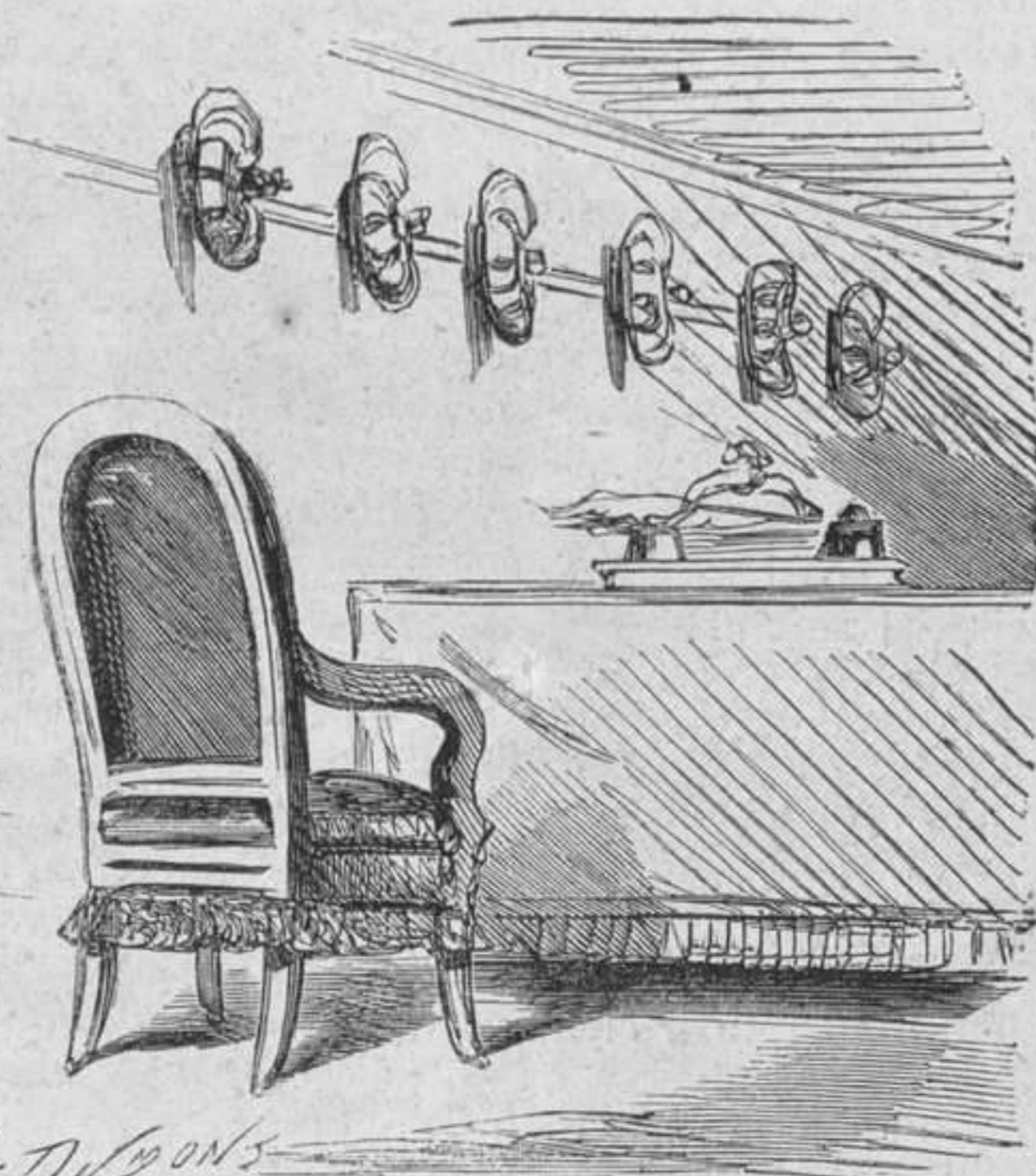
ACTUALIDADES, POR CHAM.



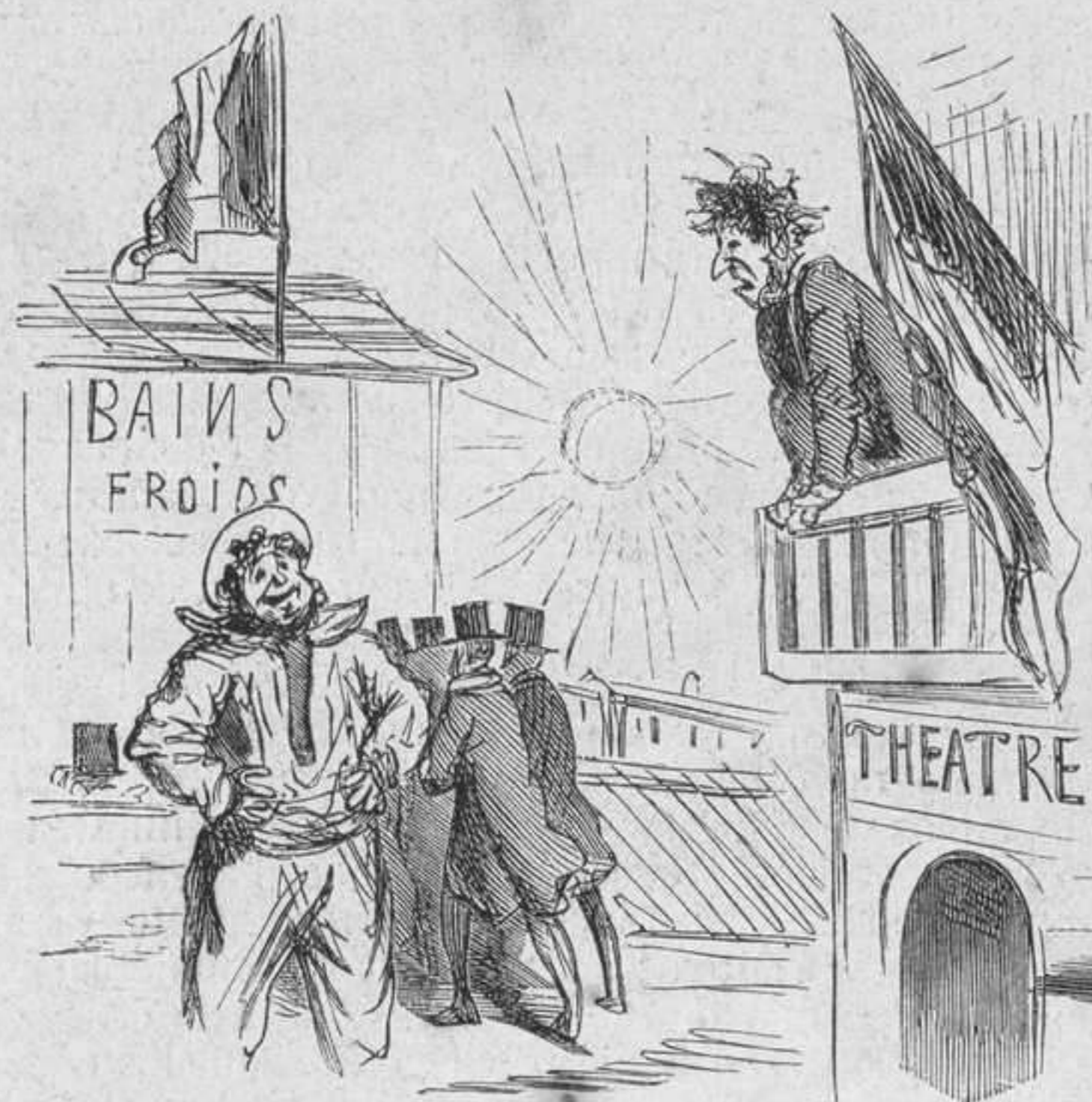
— ¡Qué ganga para vosotros los señores, no llevar encima la carga de la casa!  
— Es verdad, no tenemos la carga de la casa, pero sí la del casero, lo que seguramente es mas pesado.



El despertar en el campamento. — ¡Es bien extraño! ordinariamente el cañon hace caer al hombre, y aqui hace que se levante.



Actitud de la Prusia en el congreso de Francfort.



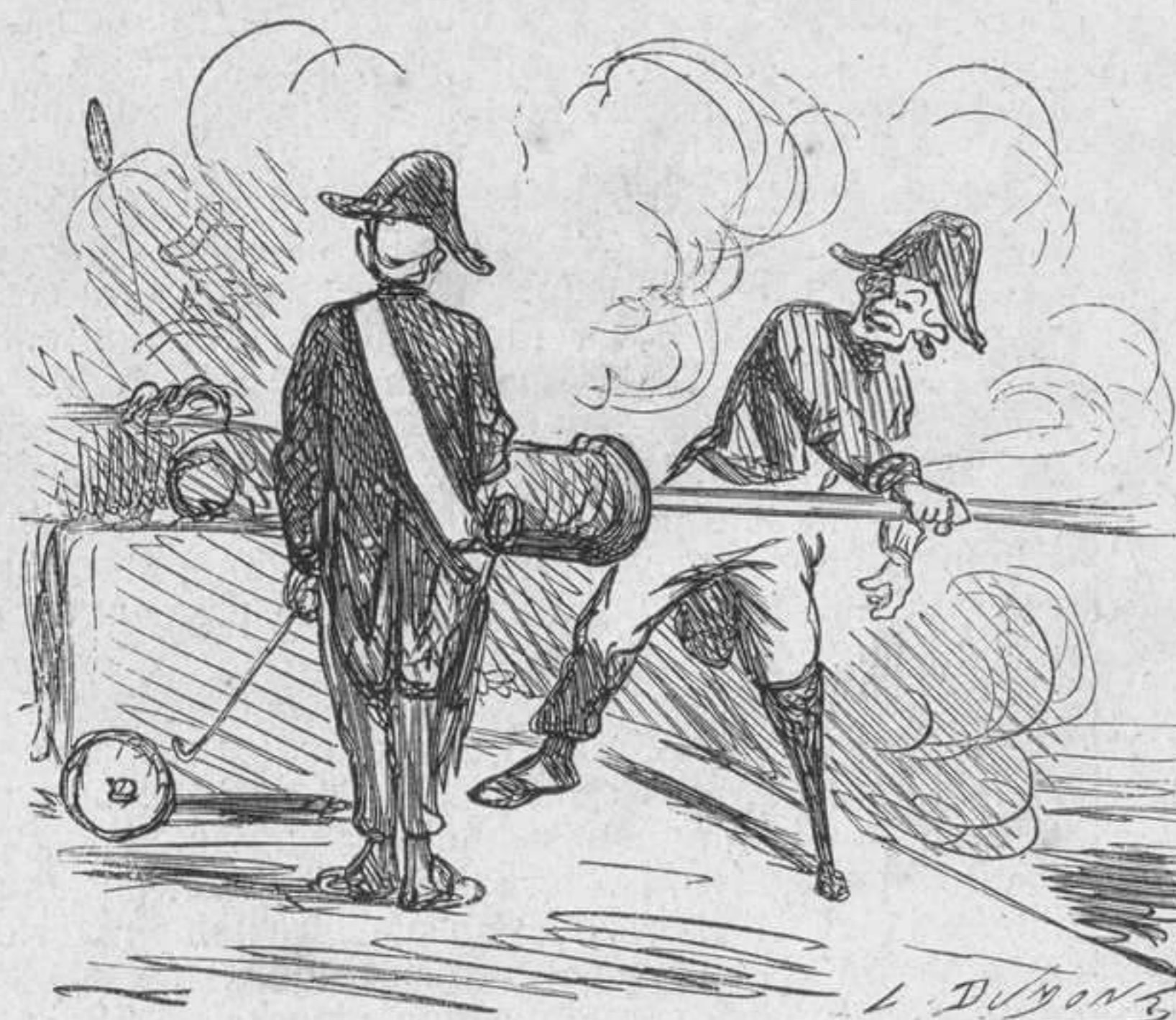
La canicula. — Demócrito y Heráclito.



El nuevo astrólogo M. Mathieu (de la Drome) obligado á echar en la tierra toda el agua que tenia anunciada.



La entrada en Méjico. — Estos proyectiles me gustan mas que los de Puebla.



El cañon de las salvas en los Inválidos — Ayer una victoria, hoy unos funerales, mañana una fiesta; no tenemos sosiego.



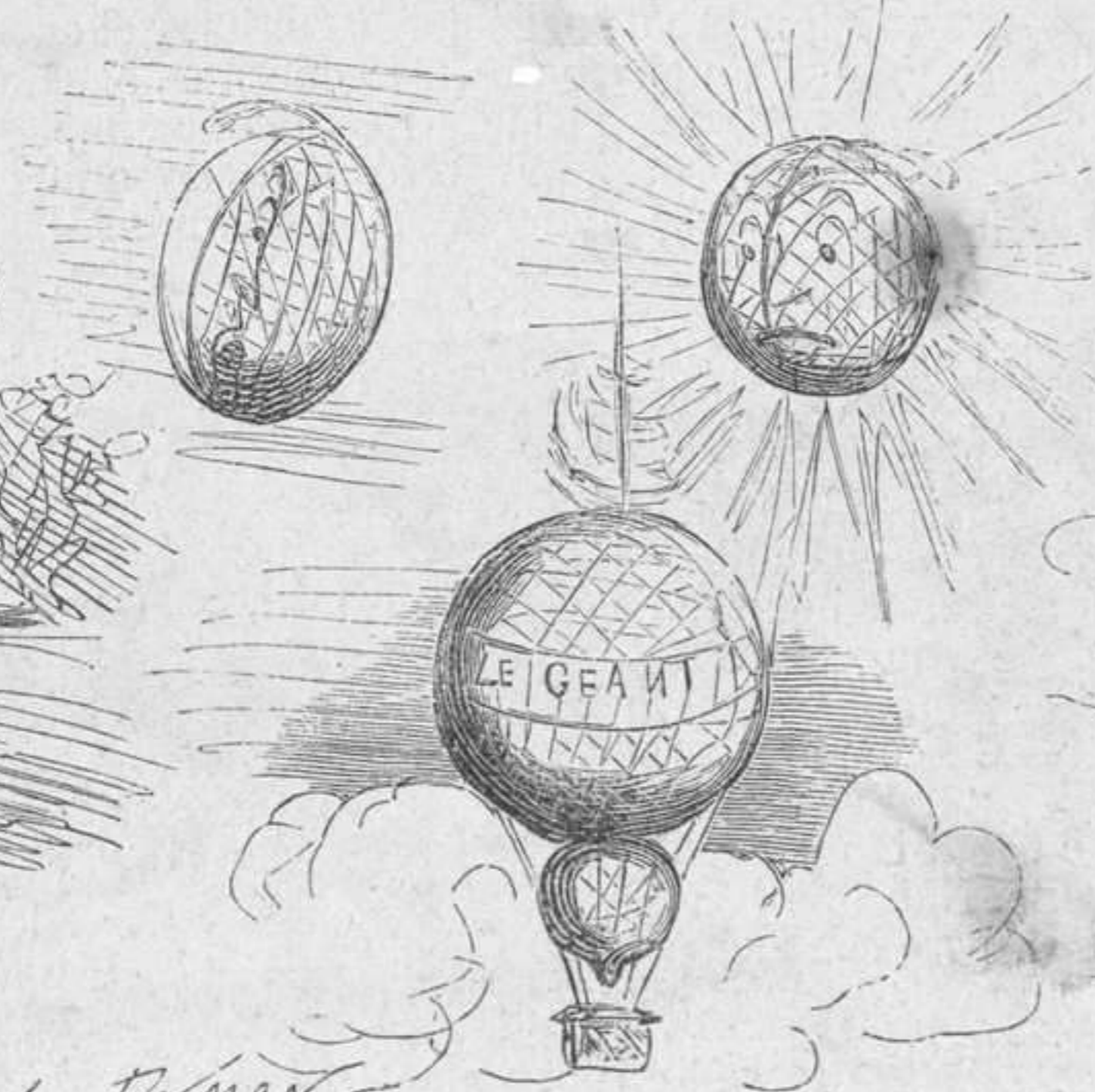
Reconocimiento del Sur. — Al paso á que vais, muy luego no se os podrá reconocer ni al uno ni al otro.



Fin de la guerra civil en América.



Modo de cazar en Francia, una vez que se haile vigente el nuevo reglamento de no tirar sino á los machos.  
— Pasearse con una hembra para atraer á los machos.



El sol y la luna poniéndose caretas para no ser perforados por el hélice de M. Nadar.



M. Nadar empleando su hélice para hacer subir la Bolsa.

## Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— Tenemos en Francia un establecimiento tan importante como el de Inglaterra.

— Vos viajais poco, pues me parece que no he tenido el honor de veros con tanta frecuencia como a los demás señores.

— En efecto, han pasado quince años desde mi último viaje a Francia.

— ¡Quince años! En aquella época no estaba aun aquí, porque desde entonces ha cambiado de manos la fonda.

— Lo creo.

— Pero apostaría cualquiera cosa, caballero, a que la casa Tellson estaba ya en auge, no digo hace quince años, sino hace cincuenta.

— Podría triplicar el número, poner mas de un siglo y medio, y no acercaros a la verdad.

El mozo abrió desmesuradamente la boca y los ojos, dió un paso atrás, se puso en el brazo izquierdo la servilleta que tenía en la mano derecha, y miró al viajero mientras comía y bebía como si se hallara sobre una torre ó en lo alto de un observatorio.

Cuando M. Lorry acabó de comer, fué á dar un paseo por la playa.

La pequeña ciudad de Douvres, tortuosa y replegada sobre sí misma, parecía huir del mar y ocultarse en la colina como un avestruz espantado. La bahía ofrecía á la mirada el aspecto de un desierto de agua cuyas olas, entregadas á su capricho, solo trataban de destruir, pues se arrojaban contra la ciudad bramando, acometían con furia la costa y dispersaban al azar los restos que arrancaban de los peñascos.

El aire que circulaba en torno de las casas situadas cerca de la playa, estaba cargado de un olor tan fuerte de marea, que hubiera podido suponerse que los peces enfermos acudían allí á bañarse, como las personas delicadas van á zambullirse en el verano en el mar.

El puerto de Douvres, donde se hacia entonces la pesca en pequeña escala, era por la tarde un sitio de paseo muy frecuentado, especialmente á la hora de la marea alta. Veíanse allí oscuros negociantes, que en ninguna parte habían llegado á prosperar, y que habían hecho inmensas fortunas cuyo origen era un misterio, y lo mas notable de las costumbres de esta ciudad, consistía en que nadie miraba con buen ojo á los encargados de encender los reverberos.

Cuando la atmósfera, que durante un momento había permitido distinguir las costas de Francia, se cargó al anochecer de una densa neblina, los pensamientos de M. Lorry tomaron tambien un tinte sombrío, y cuando se ocultó el sol, nuestro viajero, que se encontraba en la sala principal de la fonda, esperaba la cena en la misma actitud con que había esperado la comida, contemplando las ascuas de la chimenea, donde veía mil fantasmas brillantes.

Después de cenar y de apurar una botella de excelente vino de Burdeos, que produjo su efecto habitual de hacer olvidar las inquietudes del alma, M. Lorry suspendió su trabajo imaginario y descansaba con completa calma.

Hacia ya largo rato que saboreaba esta ociosidad llena de encanto, y acababa de llenar el último vaso con tanta satisfacción como el hombre mas feliz que llega al fondo de la botella, cuando se oyó en la calle el ruido de un carruaje que se paró delante de la puerta de la fonda.

— Es ella, dijo M. Jarvis Lorry dejando el vaso en la mesa sin beber.

Cinco minutos después el mozo entró á anunciar que miss Manette acababa de llegar de Londres, y preguntaba por el caballero de la casa Tellson.

— ¡Tan pronto! respondió este que aventuró algunas observaciones.

Pero la jóven miss había comido en el camino, no quería tomar nada, y manifestaba el mas vivo deseo de ver inmediatamente al representante de Tellson y compañía si era posible.

M. Lorry tuvo que resignarse y obedecer, y vaciando el vaso, se arregló la peluca y siguió al mozo al aposento de miss Manette.

Entró en una sala amueblada con un gusto muy lúgubre y llena de mesas de madera negra. La que ocupaba el centro, en la cual había dos bugias, había sido frotada tantas veces por la mano cuidadosa de la huésped, que las dos luces, cuyo resplandor reflejaba con tinte oscuro, parecía que ardían en el fondo de un ataud de caoba, y que debían exhumar de la tumba si se quería que prestasen el mas insignificante servicio.

Era tan difícil distinguir los objetos en medio de aquella vaga oscuridad, que M. Lorry, buscando á tientas el camino sobre la alfombra, supuso que miss Manette estaba en el aposento inmediato.

Sin embargo, cuando dejó atrás las dos bugias sepulcrales, distinguió junto á la chimenea una jóven de diez y siete años, cubierta con una capa de viaje y teniendo en la mano el sombrero que acababa de quitarse.

Mientras contemplaba aquel lindo talle, delgado y esbelto, aquella profusión de cabellos de un rubio de oro, aquellos ojos azules que le interrogaban con afán, y aquella frente pura, dotada de la facultad singular de contraerse vivamente, y cuya expresión actual partici-

paba á la vez de la sorpresa, el embarazo, el temor y la curiosidad, M. Lorry vió pasar de pronto ante sus ojos la imagen de una niña que había tenido en otro tiempo en sus brazos desde Calais á Douvres, en un día de invierno en que caía el granizo con violencia y el mar estaba borrascoso.

La imagen se borró como un soplo que hubiera empañado el espejo que había detrás de la jóven, un espejo cuyo marco formaba una guirnalda de pequeños cupidos negros, mas ó menos maltratados, que presentaban frutas ó negras divinidades del sexo femenino.

M. Lorry hizo á miss Manette un saludo muy galante.

— Dignaos tomar asiento, caballero, dijo una voz fresca y dulce con un ligero acento extranjero.

— Os beso las manos, respondió M. Lorry, que hizo un segundo saludo con ademán respetuoso, y tomó asiento.

— Caballero, continuó la jóven, ayer me enviaron de la banca de Tellson una carta en que me hablan de algunas noticias... un descubrimiento...

— En efecto, señorita; se trata de noticias interesantes.

— Serán relativas á la modesta fortuna que me dejó mi padre. ¡Pobre padre á quien nunca he conocido! ¡hace tantos años que murió!...

M. Lorry se agitó en su silla y lanzó una mirada de turbación á los cupidillos negros que rodeaban el espejo, como si en sus canastillos hubiera alguna cosa que pudiera acudir en su auxilio.

— Según me dicen en esa carta, debo partir para Paris, donde encontraré un representante de la casa Tellson que aquellos señores han tenido la bondad de enviar para acompañarme.

— Ese soy yo.

— Lo sospechaba, caballero.

La jóven le saludó haciendo la profunda reverencia que se usaba en aquella época, con el deseo de manifestarle todo el respeto que le inspiraban su edad y su talento.

El viajero se inclinó por tercera vez.

— He contestado á esos señores que siempre me han prodigado sus bondades, prosiguió miss Manette, que ya que era necesario que pasara á Francia, tendría la mas grata satisfacción, siendo huérfana y no teniendo quien pueda acompañarme, si se me permitía ponerme bajo la protección de tan digno caballero. Este había partido ya de Londres, pero le enviaron un emisario para suplicarle que me esperase aquí.

— Me creía ya muy honrado con el encargo que se me había confiado, dijo M. Lorry; pero ahora tendré la mas grata satisfacción en cumplirlo.

— Mil gracias, caballero; os estoy muy reconocida... Me dicen además en la carta, que la persona en cuestión me comunicara los pormenores de este negocio, y que probablemente me sorprenderán sus revelaciones. Estoy dispuesta á oírlas, y tengo vivos deseos de saberlo todo.

— Es cierto, dijo M. Lorry, sabeis que debo en primer lugar...

Volvió á arreglarse la peluca, y dijo después de algunos momentos de silencio:

— Es el caso que este negocio es muy difícil, y no sé cómo principiar.

En su turbación, y no sabiendo cómo entrar en materia, M. Lorry fijó su mirada en el rostro de miss Manette. La frente de la jóven tenía esa expresión característica de que hemos hablado antes, y que no era menos graciosa por ser tan singular.

— No me sois completamente desconocido, caballero, dijo miss Manette tendiendo la mano como para coger una sombra al pasar.

— ¡Me conocéis! respondió M. Lorry sonriendo y tendiéndole los brazos.

La línea expresiva que se dibujaba entre las cejas de la jóven, encima de una pequeña nariz femenina de extremada finura, se hizo aun mas profunda, y miss Manette, que hasta entonces había estado en pié cerca de su sillón, se sentó con ademán pensativo.

El anciano la contempló en silencio, y le dijo luego que alzó la cabeza:

— Creo que mientras estemos en vuestra patria adoptiva, debo hablaros como si fuérais inglesa.

— Hablad como gustéis.

— Soy un hombre de negocios, señorita, y el encargo que tengo que cumplir, no es mas que un negocio. Os suplico pues que me considereis como una simple máquina que habla, porque en verdad no soy otra cosa. Voy por lo tanto á contaros, si me lo permitis, la historia de uno de los clientes de nuestra casa.

— La historia de... dijo miss Manette.

M. Lorry manifestó que no comprendía el sentido de esta interrupción.

— Sí, reposo con precipitación, de uno de nuestros clientes; así es como llamamos en materia de banca á las personas con quienes estamos en relación. Era un francés, un hombre científico, un doctor en medicina muy distinguido...

— ¡Hijo de Beauvais!

— Sí, como nuestro señor padre, y que gozaba como el doctor Manette una gran reputación en Paris á donde había ido á establecerse. Allí tuve el honor de conocerle. Nuestras relaciones eran simplemente de negocios, pero confidenciales. Me hallaba entonces agregado á nuestra casa de Paris...

— ¿Puedo preguntaros en qué época, caballero?

— Hace veinte años, señorita. El doctor estaba casado con una inglesa, y estaba yo encargado de sus negocios. Toda su fortuna se hallaba, como la de muchos

franceses, en manos de Tellson y compañía, de lo cual resulta que era yo su apoderado como el de muchos otros clientes. Me unían con él simples relaciones de negocios, señorita, en las que por nada interviene el sentimiento, y le trataba como á todas las personas que vienen á cobrar una letra de cambio ó á depositar fondos, porque no tengo sentimiento alguno, no soy mas que una verdadera máquina. Ese doctor...

— ¡Estais contando la historia de mi padre! exclamó miss Manette levantándose; recuerdo que cuando murió mi madre, me llevásteis vos á Londres.

M. Lorry se apoderó de la trémula mano que se acercaba á la suya, y después de aplicar en ella sus labios con gracia respetuosa, hizo sentar otra vez á la jóven, apoyó la mano izquierda en el brazo del sillón, y se sirvió de la derecha para frotarse la barba, arreglarse la peluca, ó para apoyar sus palabras con el movimiento del índice.

— Teneis razon, soy yo, dijo mirando á miss Manette que alzaba hácia él sus miradas. Ya veis que decía la verdad cuando afirmaba no há mucho que no tengo el menor sentimiento, y que las únicas relaciones que guardo con mis semejantes no son mas que de negocios, pues de lo contrario os hubiera vuelto á ver desde aquella época. Desde entonces habeis sido pupila de la casa Tellson, pero yo estaba encargado de otra clase de relaciones. ¡Sentimientos! No he tenido tiempo ni la suerte de experimentarlos, y he pasado toda mi vida cortando malezas pecuniarias.

Después de caracterizar así el uso de su vida, M. Lorry se llevó las dos manos á la cabeza para arreglarse la peluca, operación completamente inútil, y recobró la actitud que antes tenía.

— Como decis muy bien, señorita, continuó, esa historia es la de vuestro señor padre. Suponed ahora que el doctor no hubiera muerto en la época... Os suplico que os tranquiliceis... ¡Cómo os tiembla la mano!

Miss Manette había asido á M. Lorry de la muñeca y se la apretaba con fuerza convulsiva.

— Señorita, ved que estamos hablando de negocios, tened mas calma, dijo M. Lorry con voz cariñosa y retirando la mano izquierda del sillón para colocarla sobre los dedos suplicantes que le apretaban con fuerza. Decía pues...

Y se paró desconcertado por la mirada de la jóven.

— Supongamos, como decía no há mucho, continuó haciendo un esfuerzo para dominar su turbación, supongamos que M. Manette en vez de morir hubiera tan solo desaparecido, y que haya sido imposible encontrarle, aunque se sospechara cuál era el sitio espantoso donde pudiera estar cautivo; supongamos que hubiera tenido por enemigo uno de esos hombres que á la otra parte del estrecho gozan de un privilegio, del que los mas temerarios apenas hablan en voz baja, cual es el de llenar una orden con la firma en blanco, en virtud de la cual un desgraciado es arrojado á un calabozo donde muere en la desesperación y el olvido; supongamos que la esposa de ese desgraciado hubiera suplicado en vano al rey y á la reina, á los ministros, á la magistratura y al clero que le permitieran tener noticia de su marido, y la historia de vuestro señor padre será exactamente la del doctor de Beauvais.

— Continúa... continuad por favor, caballero.

— Sí, voy á decírla todo. ¿Tendreis valor para oírlo?

— Todo lo sobrellevaré, menos la incertidumbre.

— ¡Muy bien! Teneis mas sangre fria, os dominais mejor.

El acento de M. Lorry desmentía sus palabras.

— Consideradlo como un negocio, como un simple negocio que es preciso terminar. Continúa pues. Si la esposa del doctor hubiera sufrido tanto pesar antes del nacimiento...

— ¡De su hija!

— Precisamente. No os desconsoléis; se trata de un simple negocio. Si la esposa del doctor, queriendo evitar á su hija las angustias que le hacían sufrir los tormentos del cautivo, hubiera dicho á la niña, desde que llegó á la edad de la razon, que su padre había muerto... En nombre del cielo ¿porqué os arrodillais?

— Para suplicaros que me digais la verdad... Sois tan bueno, caballero.

— Es un simple negocio, señorita. Me confundís. ¿Cómo queréis que me explique si me turbais así? Es forzoso que conservemos nuestra sangre fria. Si tuvierais la bondad de preguntarme cuál es el total de nueve peniques multiplicados por nueve, ó cuántos chelines contienen treinta guineas, estaría mas tranquilo y podría contestaros mejor.

Miss Manette recobró bastante imperio sobre sí para tranquilizar á M. Lorry.

— ¡Muy bien, señorita, muy bien! repuso el anciano. ¡Animo! es un negocio muy grave. Vuestra señora madre tomó pues la resolución de ocultaros la prision del doctor, y cuando murió de pesar, sin haber conseguido tener noticia alguna de su esposo, os legó un porvenir tranquilo y pacífico que os permitió crecer bella y graciosa, sin que anublase vuestros juveniles años la inquietud devoradora que había desgarrado su corazón.

Al pronunciar estas palabras dirigió una mirada conmovida á los ondulantes cabellos de miss Manette, que se representaba encanecidos prematuramente por un dolor sin esperanza.

— El doctor y su esposa, continuó, tenían una fortuna modesta, y poseeis en el día todo lo que les pertenecía. Nada hemos descubierto sobre este punto; no vais á buscar una cantidad ni una hacienda...

Se interrumpió de pronto sintiendo que los dedos de la jóven le apretaban con mas fuerza la muñeca, y al

ver que las líneas expresivas de su frente manifestaban un sufrimiento y un horror profundos.

— Se le ha encontrado, balbuceó el buen anciano, vive aun. Está muy cambiado, muy viejo, no es mas que una sombra; pero ¡cómo ha de ser! el caso es que vive. Un antiguo criado que habita en París le ha dado asilo, y con este objeto nos dirigimos a Francia, yo para cerciorarme de su identidad, si es posible reconocerle, y vos, señorita, para llamarle a la vida y rodearle de cuidados y de amor.

Un estremecimiento recorrió todo el cuerpo de la joven, que dijo con voz ahogada:

— No voy a encontrar a mi padre, sino un espectro.

— Todo lo sabeis ya, señorita, dijo M. Lorry golpeando con cariño la mano de la joven. Nada temais. Partimos para Francia donde os espera vuestro padre. El tiempo es magnífico, la marea favorable, y nuestro viaje será corto y próspero.

— Era libre, era feliz, murmuró miss Manette como si hablase en sueños, y su sombra no se me apareció nunca para acusarme por mi alegría.

— Debo añadir, repuso M. Lorry, que acentuó sus palabras con la esperanza de atraer la atención de la joven, debo añadir que el doctor ha cambiado de nombre. Es inútil preguntar porqué lo ha hecho, y es inútil averiguar si lo ha olvidado en su calabozo, ó si la detención que debía sufrir tenía un plazo determinado. La menor pesquisa sobre vuestro padre sería no solamente inútil, sino tal vez peligrosa, y es mucho mas prudente no decir nada a nadie y volver inmediatamente a Londres con el antiguo preso. Yo mismo, que estoy escudado con mi doble cualidad de inglés y de agente de una casa muy importante para el crédito de Francia, me guardaré muy bien de hacer la menor alusión sobre este negocio. No llevo un solo escrito en que esté mencionado el hecho, y las cartas que deben abrirme ciertas puertas, las expresiones con que he de contestar, todo está comprendido en esta palabra: *Resucitado*. ¡Pero no me oye! ¡Qué teneis, señorita!

La joven se había desmayado, pero estaba completamente inmóvil reclinada en el respaldo del sillón, con los ojos abiertos y con el terror retratado en su frente, y continuaba apretando con tanta fuerza el brazo del anciano, que no atreviéndose este a separarle los dedos por temor de hacerla daño, pidió auxilio sin moverse de su sitio.

Apareció en el aposento una mujer pavorida, cuyos cabellos rojos, el rostro encendido, el vestido estrecho y el cabello despeinado y cubierto con un sombrero enorme, llamaron la atención de M. Lorry a pesar de su turbación, arrancó con violencia al representante de Tellson de los dedos crispados de la joven, y le arrojó empujándole con la mano hasta la pared.

— ¡Qué fuerza tan hercúlea! Esta mujer debió haber nacido hombre, pensó M. Lorry al caer sobre la pared.

— ¿Qué haceis ahí? gritó la robusta mujer dirigiéndose a los criados de la fonda. ¿Porqué no vais a buscar vinagre en vez de mirarme como bobos? No soy tan hermosa para asombrar a nadie. ¡Pronto, vinagre, un frasco de esencia, agua fria!

En tanto que los criados corrían en busca de lo que se les pedía, la mujer del enorme sombrero colocaba a miss Manette en el sofá y la cuidaba con tanto cariño como destreza.

— ¡Hermosa, querida hija mia! murmuraba aquella mujer con voz conmovida y desplegando con orgullo la cabellera de la joven. Y vos, caballero, exclamó volviéndose hacia M. Lorry, ¿no podiais darle vuestras noticias sin ponerla en este estado? ¿No veis su palidez, sus manos heladas, sus ojos muertos? ¿Así se porta un banquero con una niña delicada?

M. Lorry, no sabiendo qué contestar en su turbación, apartó los ojos con ademán humilde y contrito, mientras la mujer hercúlea, que había vuelto a despedir a los criados de la fonda, hacia volver en sí a la joven, y conseguía con sus caricias que apoyase la cabeza sobre sus robustos hombros.

— Espero que se habrá repuesto enteramente, murmuró M. Lorry.

— No se debe a vos el que el accidente no haya sido mas grave. ¡Pobrecilla!

— ¿La acompañais a París? preguntó M. Lorry tras un nuevo silencio.

— ¡Me gusta la pregunta! dijo la mujer: si estaba destinada a cruzar el mar, ¿creéis que la Providencia me hubiera hecho nacer en una isla?

No sabiendo tampoco qué responder, M. Lorry se retiró a su aposento.

## CAPITULO V.

### LA TABERNA DE M. DEFARGE.

Nos hallamos en París y en el arrabal de San Antonio.

Al descargar de un carro varios toneles de vino, uno de los mas grandes rodó en medio de la calle hasta el suelo, y habiéndose roto los aros, el líquido había manado a borbotones durante algunos momentos delante de una taberna.

Todos los vecinos habían suspendido su trabajo ó su ociosidad para acudir al teatro de la desgracia y para beber el vino derramado.

Las piedras desiguales que cubrían la calle, que asomaban sus agudas puntas como si, arrojándolas al azar, solo se hubiera pensado en conspirar contra las costillas de los transeuntes, habían detenido el licor dividido

en pequeños charcos, y cada uno de estos charcos estaba rodeado por un grupo de individuos mas ó menos numerosos que se empujaban con gran algazara.

Algunos hombres arrodillados, formando un vaso improvisado con el hueco de sus manos, sacaban el precioso líquido y se apresuraban a beberlo, ó lo defendían de las mujeres, que inclinadas sobre sus hombros, se esforzaban en sorber el licor antes de que se deslizase entre sus dedos.

Otros individuos, hombres y mujeres, hundían en los charcos vinosos pequeñas cazuelas de barro descantilladas, ó los pañuelos que les servían de esponjas, y las madres los exprimían despues en la boca de los niños. Estos construían a toda prisa diques de lodo para detener el vino que huía entre las piedras, ó dirigidos por espectadores asomados a las ventanas, corrían para contener los canales que se formaban en nuevas direcciones. Algunos de ellos se habían apoderado de los tablores rotos del tonel, cubiertos de cieno, y los chupaban y mascaban con delicia.

Pocos minutos habían trascurrido cuando la porción del empedrado que se extendía delante de la taberna, no solo quedó enjuta, sino que habían recogido con tanto cuidado el lodo, que se hubiera atribuido este asco a la escoba de un celoso barrendero público, si es que alguno de los habitantes del barrio pudiera creer en la presencia de este funcionario desconocido en el arrabal.

En la calle donde había tenido lugar esta libación gratuita, resonaba un estruendo penetrante de carcajadas, gritos de alegría y voces de hombres, mujeres y niños. Caracterizaban la diversion de aquella turba cierta grosería y mucha jovialidad, y se advertía en todos los grupos un espíritu de sociabilidad particular, así como un afán visible de cada cual a aproximarse a los demás, que entre los menos desgraciados ó en los mas alegres, se expresaba con abrazos, brindis, apretones de manos y animadas cabriolas.

Cuando el vino desapareció completamente, dejando entre las piedras los mil canales que habían trazado los bebedores, estas demostraciones cesaron tan repentinamente, como habían principiado. El aserrador, cuya sierra había quedado en un tronco, fué a continuar su trabajo; la mujer, que había dejado en el umbral de su puerta el brasero lleno aun de cenizas calientes, en las que trataba de calentarse los pies, las manos y su niño de pecho escualido, se dirigió hacia su casa.

Los trabajadores, con los brazos desnudos, los cabellos sucios y llenos de polvo, y la faz cadavérica, que desde sus moradas subterráneas habían aparecido a la claridad de aquel día de invierno, volvieron a bajar a sus talleres respectivos, y una tristeza sombría se apoderó otra vez de aquella calle, donde parecía mas natural que el sol y la alegría.

El vino que se había derramado en aquella oscura calle del arrabal de San Antonio, y había manchado todas aquellas manos, caras y pies descalzos, era de un color rojo subido. El aserrador dejaba manchas rojas en los troncos que manejaba; la mujer que daba el pecho a su hijo llevaba en la frente manchas rojas que le había hecho el harapo que se había quitado de la cabeza para emplearlo como esponja; los que habían mascado las duelas enrojadas del tonel tenían en torno de la boca las huellas que se ven en los labios de los tigres, y uno de aquellos hombres de buen humor, que llevaba un gorro de algodón que le caía sobre la espalda, mojó el dedo en el lodo vinoso y escribió en la pared la palabra *sangre*.

Debía llegar un día en que la sangre correría sobre el empedrado de las calles, y dejaría manchas rojas en la frente y en las manos de la mayor parte de los que allí se encontraban.

Luego que la nube, alejada un momento por un rayo fugitivo, oscureció nuevamente la fisonomía de San Antonio, densas tinieblas envolvieron todo el arrabal, y el frío, la suciedad, la ignorancia, la enfermedad y la miseria formaban el cortejo del bienaventurado patron; poderosas señoras, especialmente el hambre que las domina a todas.

Individuos estrujados sin cesar entre piedras inexorables se estremecían en todos los rincones, entraban en las casas, salían de entre las esquinas, miraban las puertas y las ventanas y tiritaban en cada harapo agitado por el viento. La piedra inexorable que así los estrujaba no era la rueda del molino fabuloso que transforma los ancianos en jóvenes, sino mas bien los jóvenes en viejos. La misma infancia tenía la figura envejecida y la voz hueca, y el hambre había estampado su firma en las arrugas precoces de su rostro, así como en la máscara surcada de sus padres.

El hambre se veía en todas partes, en los harapos tendidos en cuerdas y ondeando en los palos que salían de cada ventana, en la paja, en los trapos y en los jergones donde dormía toda una familia. El hambre repetía su nombre en cada fragmento de serrín que arrojaba el aserrador, contemplaba a los transeuntes desde lo alto de las chimeneas frias y sin humo, y surgía del lodazal de la calle, cuyas inmundicias no contenían un solo resto de objetos comestibles.

El hambre se ostentaba en la mesa del panadero y en cada pan moreno de su hornada escasa, se veía en el queso y en las morcillas de perro muerto que vendía el carnicero, y oíase crujir sus huesos descarnados entre las castañas tostadas en las ascuas, y en las pocas gotas de aceite depositadas en el fondo de la sartén donde chisporroteaban delgadas tajadas de patata.

El hambre se albergaba en todos los repliegues de aquella calle tortuosa, llena de inmundicias, y que desembocaba en otras calles, igualmente tortuosas, sucias

y hediondas, pobladas de gorros de algodón y de harapos grasientos, y en las que cada objeto visible, pálido, enfermizo ó sórdido, parecía un presagio de desgracia.

Se adivinaba en aquellas fisonomías de animal acosado sin reposo ni tregua, que la fiera rabiosa volvería hacia atrás para acometer y devorar; entre aquellos espectros abatidos que huían con ademán medroso, se encontraban ojos que brillaban con fulgor siniestro, labios apretados, palidecidos por la rabia, y frentes contraídas cuyas arrugas torcidas y nudosas parecían cuerdas en recuerdo de la horca que podían sufrir, y tal vez imponer.

Se veía la imagen del hambre en las muestras de las tiendas, en los flacos pedazos de carne pintados sobre la puerta del carnicero, en la sombra del pan seco y negro que indicaba la panadería, en los bebedores que estacionados en la puerta de la taberna hacían visajes sobre sus vasos llenos de vinillo agrio, y que con miradas de fuego se inclinaban unos a los otros para hacerse mutuas confidencias.

Todo lo que se presentaba a la vista era débil y pobre, a excepción de los instrumentos de trabajo y las armas. El filo de las cuchillas y de las hachas estaba brillante y afilado, los martillos del herrero eran pesados, y numerosas las escopetas y pistolas en la tienda del armero.

La vía pública no tenía aceras, y el empedrado desigual con sus márgenes de lodo y agua cenagosa, llegaba hasta las paredes. Por el contrario, el arroyo corría en medio de la calle, cuando corría, lo cual no sucedía sino despues de un chubasco, y tomando entonces proporciones excéntricas, inundaba los pisos bajos y las bodegas.

Encima del arroyo y al través de la calle pendían de trecho en trecho toscos faroles atados a una cuerda, y por la noche cuando el encargado de encenderlos los había bajado y subido, cierto numero de luces ahumadas se balanceaban sobre las cabezas de un modo enfermizo, como si estuvieran sobre las aguas.

Es verdad que se agitaban sobre un mar borrascoso, y la nave y la tripulación estaban amenazadas por la tempestad. Debía llegar un día en que los espantajos descarnados que poblaban aquella region habrían contemplado tanto tiempo en su ociosidad y su hambre al que encendía los reverberos, que pensarían en servirse de sus cuerdas y poleas para colgar hombres en vez de faroles, y alumbrar con luz mas viva las tinieblas de su espantosa situación.

Pero este día estaba aun muy lejano, y los vientos que pasaban sobre la Francia sacudían en vano los girones de estos espantajos, y las aves de voz dulce y rico plumaje no veían en ellos ningún aviso.

La tienda del tabernero en cuyo umbral se había roto el tonel ocupaba la esquina de la calle, y parecía menos pobre que la mayor parte de sus vecinos. Veíase en la puerta al tabernero, que vestido con unos calzones verdes y un chaleco amarillo, había contemplado a la turba mientras se disputaba el vino derramado.

— ¡Qué me importa! dijo encogiéndose de hombros cuando hubieron enjugado la última gota. Quien rompe el vidrio lo paga; los que han causado la desgracia me darán otro tonel. ¡Gaspar! gritó dirigiéndose al hombre que escribía la palabra *sangre* en la pared, ¿qué haces?

Gaspar le enseñó la palabra que acababa de escribir, y dió a su ademán una expresión significativa, como es muy comun en las gentes del pueblo; pero no logró su objeto y produjo un efecto contrario al que esperaba, como sucede tambien con frecuencia a las personas de su clase.

— ¿Te has vuelto loco? le preguntó el tabernero que cruzó la calle, cogió un puñado de lodo y borró el chiste de Gaspar. ¿Para qué escribir esas palabras en público, cuando hay otros parajes donde pueden grabarse?

Al terminar esta frase el tabernero, tal vez sin pensarlo, tal vez con intención, colocó la mano izquierda sobre el corazón del artesano. Este estrechó la mano del tabernero, dió un salto prodigioso, volvió a caer en actitud fantástica cogiendo su zapato enrojado que había lanzado al aire, y se quedó inmóvil sobre la punta del pie. Era un bromista que parecía dispuesto a poner en práctica sus burlas.

— Vuelve a calzarte, dijo el tabernero, llama vino al vino, y no se hable mas del asunto.

El tabernero se enjugó la mano sucia de lodo en el hombro de Gaspar con tanta sangre fria, como si lo manchase con intención, atravesó la calle y entró en su tienda. Contaría unos treinta y cinco años, su traza era la de un toro, tenía el aire marcial y sin duda mucho calor natural, porque aunque el frío era muy intenso, llevaba la chaqueta al hombro, levantadas las mangas de la camisa, los brazos desnudos hasta el codo, y no tenía mas abrigo su cabeza que sus cabellos negros y recios como un cepillo. Su tez era morena, sus ojos rasgados, llenos de franqueza y alegría, y en una palabra, parecía un mozo de buen humor, pero su cólera debía ser implacable. Indudablemente era un hombre resuelto que no convenia encontrar en una senda estrecha al lado de un precipicio, porque nada en el mundo debía desviarle de su camino.

Su esposa estaba sentada en el mostrador cuando Defarge entró en la tienda.

Era una mujer corpulenta y alta, casi de la misma edad que su marido, y cuya mirada vigilante parecía no ver nada de cuanto pasaba en torno suyo. Una hermosa mano aunque abultada, llena de enormes anillos, un rostro impasible, facciones muy marcadas y una serenidad imperturbable la caracterizaban a primera vista,



La entrada en las escuelas de aldea.

y cierto no sé qué hacia presagiar en ella que raras veces se engañaba en perjuicio suyo en las cuentas de que estaba encargada.

La señora Defarge, que sentía mucho el frío, estaba envuelta en una capa de pieles, y llevaba en derredor de la cabeza un pañuelo de colores chillones, que sin embargo dejaba ver enormes pendientes de oro. Tenía á su lado la media, y acababa de dejarla para limpiarse los dientes. Apoyado el codo derecho en la mano izquierda, la tabernera no hizo un ademán, ni siquiera volvió la vista cuando entró su marido, pero tosió ligeramente sin cambiar de actitud. Este ligero acceso de tos, unido á un movimiento imperceptible de sus cejas negras y pronunciadas, sugirió al marido la idea de mirar si habían entrado nuevos bebedores en la tienda durante su ausencia, y dirigiendo la mirada en torno suyo, la fijó en un hombre de alguna edad y en una joven que estaban sentados en un rincón.

Dos individuos jugaban á los naipes, otros dos acababan una partida de dominó, y tres mocetones estaban en pie cerca del mostrador, donde hacían durar todo lo que les era posible un vaso de vino.

M. Defarge observó en el momento que pasaba por detrás de ellos, que el caballero anciano dirigía á su compañera una mirada que significaba: Este es.

— ¿A qué habrá venido á este sitio? se preguntó el tabernero.

Pero pareció que le llamaban muy poco la atención los dos forasteros, y trabó conversacion con los tres amigos que estaban cerca del mostrador.

— Juan, le preguntó uno de los tres bebedores, ¿lo han recogido todo?

— Hasta la última gota, Juan.

Después de este cambio de nombres de pila, la señora Defarge, que continuaba haciendo uso de su limpiadientes, volvió á toser y arqueó las cejas.

— ¡Qué vida tan perra es la de los pobres, Juan!

— Solo conocen las amarguras, dijo el segundo bebedor dejando el vaso sobre la mesa y haciendo un chasquido con los labios.

— Tienes razón, Juan.

— La mayor parte de esos infelices no saben qué gusto tiene el vino, dijo el tercer bebedor; la mayor parte de ellos no han comido durante toda su vida mas que pan negro, ni tendrán mas placer que el de la muerte.

— Es verdad, Juan, repitió el tabernero.

En el momento en que este daba la misma respuesta, la señora Defarge dejó en la mesa el limpiadientes, arqueó las cejas y se agitó ligeramente en su silla.

— ¡Chist! me llama mi mujer, señores, dijo el tabernero.

Los tres bebedores se quitaron los sombreros y saludaron á la señora Defarge, la cual contestó inclinando la cabeza y lanzándoles una mirada rápida. Después miró como por casualidad en torno de la tienda, volvió á

tomar la media con la mayor calma, y pareció poner toda la atención de que era capaz en su trabajo.

(Se continuará.)

**La entrada en las escuelas de aldea.**

El dibujo que damos en esta página representa un batallón de chiquillos campesinos en una aldea de la Baja Normandía, que guiados por un grave é importante magister, van á asistir, al fin de las vacaciones y en conformidad á una costumbre antigua, á la misa del Espíritu Santo, que se celebra con motivo de la nueva entrada en las escuelas.

Esta intervención del Espíritu Santo no parece en el caso presente rigurosamente indispensable, pues la instrucción está muy limitada aun en las poblaciones rurales de la Francia. Por lo comun principia á seis ó siete años para concluir irrevocablemente á los once ó los doce: leer, escribir y contar, hé ahí el *non plus ultra* de los conocimientos que adquieren los jóvenes campesinos, ansiosos de llevarse á la aldea la reputación de sabios profundos.

El método empleado por el maestro para introducir esa masa de ciencia en la cabeza de los muchachos confiados á su saber, es muy sencillo, y sin embargo muy eficaz: latigazos administrados á menudo con brazo fuerte, y agradablemente mitigados con el encierro á pan y agua y los tirones de orejas: ¿no es bastante para triunfar de las naturalezas mas rebeldes? Así este método de instrucción es el que se sigue generalmente, sobre todo por los viejos dómnes obstinados en la rutina.

La frecuentación de la escuela es ya para los chicos de las campiñas un duro aprendizaje de la vida, sobre todo en el invierno: hacer mañana y tarde una larga caminata que suele tener mas de una legua por malos caminos llenos de agua ó de nieve; llegar á la clase chorreando agua ó temblando de frío; sufrir los caprichos de un maestro duro é implacable; no tener por toda comida mas que un pedazo de pan seco, ó cuando mas acompañado de un pedazo de tocino ó de algunas frutas, hé ahí la vida de la escuela para esos pobres aldeanos. Y sin embargo están robustos y alegres, y así sucede que esos felices años de la niñez les aparecen siempre, á medida que se alejan, los más dulces, luminosos y risueños de todos los que han pasado.

L. J.

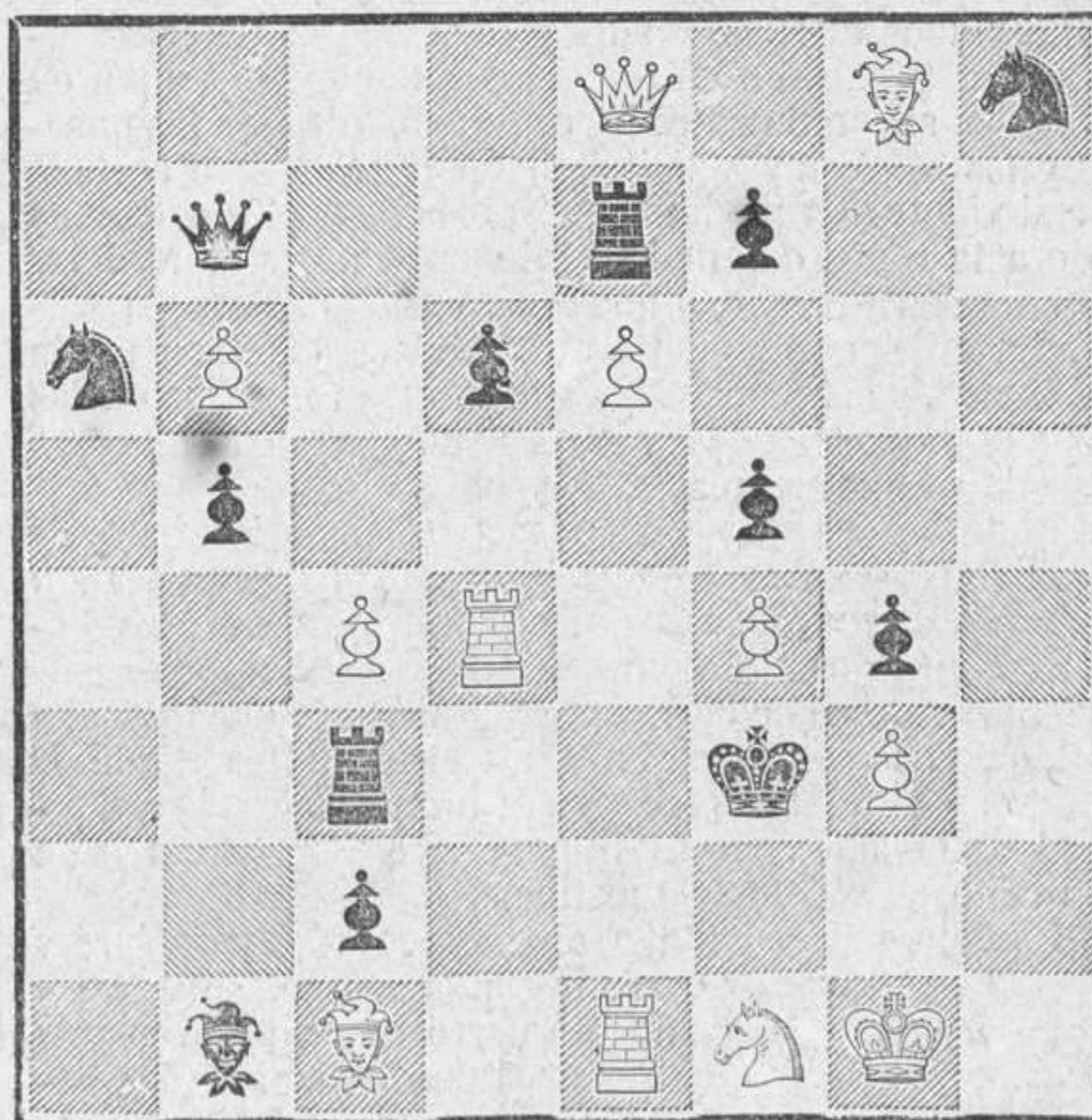
**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 84.

- 1 Ra 7a TRa
- 2 Ra 2a AR
- 3 Ra 2a R jaque
- 4 C 7a R jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 85, POR M. LAMOUROUX.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.